

MARIO BERMÚDEZ
LA HUELLA
PERPETUA



AlcorQuid
Colección Nigrum

MARIO BERMÚDEZ
LA HUELLA PERPETUA

MARIO BERMÚDEZ

LA HUELLA PERPETUA



AlcorQuid
Colección Nigrum

Autor:



Diagramación de la Portada

El Autor.

Imagen de:

<http://www.asesinos-en-serie.com/luis-alfredo-garavito-la-bestia/>

Mario Bermúdez

Correo: alcorquid@gmail.com

Publicación por demanda

AutoresEditores.com

Edición del Autor

**Prohibida la reproducción parcial
o total, por cualquier medio, sin
la autorización expresa del autor**

Bogotá D.C., Colombia

Abril de 2016

Escrita: 2.012

OTROS LIBROS DEL AUTOR:

El Mito Humano

**Una visión psicosocial de la historia
de las religiones ario-semíticas**

<http://www.autoreseditores.com/libro/1390/mario-bermudez/el-mito-humano.html>

Suicidio al Atardecer

<http://www.autoreseditores.com/libro/6943/mario-bermudez/suicidio-al-atardecer.html>

*¿Somos, acaso,
víctimas y victimarios a la vez?*

I

El pastor se erguió solemnemente, tomó entre sus manos La Biblia, y la abrió mecánicamente, esparciendo en rededor una mirada circunspecta, invadida de ese misterioso halo de santidad.

—Hermanos, en esta ocasión tan especial, como lo es el bautizo de nuestro querido hermano Bonifacio Romero, quiero leer un apartado de Romanos, del apóstol Pablo, capítulo VII, versículos 15 al 25, que dice: «Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.¹⁵ Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.¹⁶ De manera que ya no soy quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.¹⁷ Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer hacer el bien está en mí, pero no en el hacerlo.¹⁸ Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso quiero.¹⁹ Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.²⁰ Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.²¹ Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Jehová;²² pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.²³ ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?²⁴ Gracias doy a Jehová, por Jesucristo Señor nuestro, Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Jehová, más con la carne a la ley del pecado.²⁵»

Hubo un silencio reverente ante la insolencia del destino. Los hermanos agacharon la cabeza piadosamente, mientras el pastor tomó un alba e hizo que el hombre se la enfundara.

—Ahora, hermano Bonifacio, entrarás a la pileta de agua sagrada para ser bautizado, y ser admitido definitivamente en el redil de nuestro Señor Jesucristo, quien por amor a la humanidad murió en la cruz, y quien por amor a la humanidad, redime al pecador, sin importar cuán grande hayan sido sus pecados; porque el pecado es la obra de Satanás que hace inconsciente al cuerpo del hombre y cierra su mente para que peque. Pero la mente siempre pertenecerá a la ley de Dios, mientras que la débil carne es acechada y poseída fácilmente por Satanás. Hermano Bonifacio, en nombre de El Padre, en nombre de su unigénito hijo, nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, yo te bautizo para que entres al redil del bien y comiences a transitar por el sendero de la bienaventuranza que lleva a la salvación del alma, separándola de la maldad de la carne.

—Amén, hermano —contestó el hombre ya metido entre la pileta.

—Ahora te agacharás para que, como lo hizo Juan el Bautista con Nuestro Señor Jesucristo, seas bautizado en gracia de Dios.

El pastor tomó agua entre sus manos y la roció sobre la cabeza del hombre, que con las manos juntas recibía el bautizo.

—¡Ahora ya perteneces a la sagrada comunidad de los verdaderos cristianos! —exclamó el pastor.

Los cofrades aplaudieron, gritando «amén; el Señor, hermano Bonifacio, te da la bienvenida».

—¡Amén! —respondió el hombre, mientras que sonrió dulcemente.

Había en su rostro un mohín bonancible, de tranquilidad, de esa misma tranquilidad que produce el espíritu en calma o el agite del cinismo. Se acomodó las gafas, se arregló el pelo con los dedos de la mano derecha y salió de la improvisada poceta, a la vez que los otros hermanos comenzaron a entonar cánticos de salvación y agradecimiento a Dios.

Por el lado opuesto, desde un largo pasillo, aparecieron un par de guardias penitenciarios, vestidos de azul, esgrimiendo como un juguete un bolillo.

—¡El permiso ha terminado, señores!

De inmediato, los hermanos, incluido el pastor, tomaron el mismo corredor por donde segundos antes habían aparecido los guardias; pero Bonifacio Romero permaneció estático, luego de despojarse del alba. Miró de arriba hacia abajo.

—Ya soy un verdadero cristiano —dijo.

Los dos guardias se miraron entre sí, sin poder disimular cierta risilla de desconfianza y de admiración.

—Vamos a su celda —dijo uno de los guardias, el más alto y hético.

II

El detective González está en el cuarto de su casa, mirando con suprema atención algunos documentos que le enviaron del Instituto de Investigaciones Forenses. Está agotado, no tanto por su trabajo de investigador judicial, sino porque apenas se está recuperando de una grave infección intestinal que le aquejó en días pasados por haberse disfrazado de indigente, haberse ido a una plaza de mercado, haber escarbado en las canecas de la basura y haber consumido comida descompuesta, de esa misma que los indigentes tienen como su manjar favorito a cualquier hora del día.

—¡Maldición, ni que fuera Dick Tracy! —se lamentó el detective González, mientras se sobaba, por encima de la camisa, el estómago, ya abultado con los primeros signos ineludibles de la adultez plena.

Toma un lápiz y comienza a realizar unos esbozos. «¡Vaya, no soy un buen dibujante!». Entonces empieza a escribir en una hoja blanca, casi resplandeciente, de tamaño carta: «Es un hombre bajito, quizá de 1,65 de estatura, de contextura mediana, más bien delgado. [¿Delgado?.. Sí, más bien delgado, especialmente de piernas, piensa el detective González]. Tiene el cabello negro, crespo, usa gafas gruesas, tiene aproximadamente 43 años, y usa patillas de charro [Sonríe el detective González. «De charro mexicano»]. [Ah, los del CTI dicen que cojea, bueno, pongamos eso]. Cojea, cojea.... No hay más datos por ahora».

El detective González enciende un cigarrillo y lo fuma ávidamente, con actitud nerviosa. «¿Y dónde diablos lo vamos a encontrar, si parece un fantasma, pues está en todas partes y en ninguna a la vez?», se preguntó preocupado. Mira hacia el techo, se incorpora y se acerca a mirar por la ventana. Afuera el día está claro, esplendoroso, y un cielo azul se dibuja hasta la inmensidad que choca contra las montañas.

—Voy a caminar un rato. ¡Qué cae, cae!

III

El niño salió de la casa llorando tristemente porque otra vez su padre lo había golpeado sin conmiseración alguna. El hombre desde la distancia le gritaba:

—Desgraciado, corra pa'la escuela, porque va a llegar tarde. ¡Te voy a dar otra zurra pa'que aprenda!

El niño, con la cara triste y puerca a consecuencia de sus acíbares lágrimas mezcladas con el polvo del campo, apura el paso; casi que corre, casi que corre, mirando hacia atrás, percibiendo la figura de su salvaje padre que, con la complacencia de su madre, lo ha castigado implacablemente, dejándolo casi como un nazareno. Aún lleva las piernas con moretones, que se ven contra el aire porque usa pantalones cortos y alpargatas. El niño continúa caminando de prisa, casi corriendo, casi corriendo, a la vez que, de cuando en cuando, se detiene por un instante para sobarse los morados que le produjo su padre. Y el niño, triste como un angelito desprotegido y sin amor, sigue andando de prisa, casi corriendo, casi corriendo, hasta que una mirada lo detiene en la mitad del camino.

—¿Qué le pasa, niño?

Y el niño acrecienta su llanto, levanta el rostro y trata de sonreír, porque cree que ha encontrado a alguien que, al menos, puede consolarlo de improviso.

—Mi apá acabó de pegarme muy duro —contestó el niño sollozando amargamente.

—¡Pobrecito! —exclama el hombre— ¿Y por qué te ha pegao?

—Se me hace tarde pa'ir a la escuela, y ésta queda muy lejos.

—¿Te dejarás ayudar?

—Sí, señor —contesta el niño.

—Mira, yo tengo mi casita allí no más, detrás de esos árboles. ¿Si ves? Allí tengo mis caballos, y si quieres vamos, cogemos uno y te llevo a la escuela rápido para que no vayas a llegar tarde.

El niño se siente un tanto incómodo; después de todo aquel hombre es un desconocido.

—Solamente quiero hacerte el favor, porque me has conmovido y se ve que eres un niño muy bueno. ¿No sé por qué tu padre te ha pegao? —el hombre dirige su mano hacia el mentón del niño y lo acaricia paternalmente.

El niño sonríe y a su corazón penetra un favonio de esperanza y se reconforta ante la actitud del hombre.

—Vamos por el caballo.

—Está bien ¿Onde es?

—Ya te dije, allí no masito, detrás de esos árboles.

—Bueno.

El hombre toma de la mano al niño y se agachan para cruzar, por debajo, una cerca de alambres de púas. A paso apurado, el niño y el hombre, avanzan por un sendero abrupto que va hacia la arboleda. Finalmente, se pierden entre la espesura de la vegetación. Pasa un momento, un instante agrio que pareciera convertirse en eternidad, hasta que repentinamente el silencio se rompe inclementemente con el grito aterrorizado del niño. Nadie escucha... solo, solo el silencio.

IV

Sentado en el banco del parque, masticando cavilares, el joven se remonta al recuerdo ingrato y doloroso de aquella tarde cuando fue violado en la arboleda por un desconocido, después de que su padre lo golpeará salvajemente. Saca un cigarrillo y lo enciende. Es su hora de descanso del medio día, porque el farmaceuta le ha dado trabajo en la droguería. «Bueno, ya al menos aprendió a ganarse la vida», le dijo su madre cuando supo que el señor de la droguería lo había contratado. «Se ve que es un joven muy juicioso, y honrado, eso es lo más importante», le dijo a su madre el farmaceuta. Hace un calor insoportable que la sombra de los árboles del parque no dilata. El joven ve a una mujer que cruza por la acera del frente. «Es una fufurufa», se dijo el joven, a la vez que aspiró con más fuerza el cigarrillo. «¿Cómo será eso de estar con una mujer? ¿Me quitará el pecado de haber sido violado? ¡Jum!, yo creo que sí». Sin pensarlo dos veces, el muchacho llama a la mujer, quien no se hizo de rogar, acercándose sensualmente, mostrando unas caderas opíparas que se mecían como vendavales calurosos y enseñando unas tetas extraordinarias que se le salían atrevidamente por el escote. El joven no sintió ninguna sensación libidinosa, ni el más mínimo asomo de paroxismo, pero estaba dispuesto a estar con una mujer por primera vez en su vida.

—¿Qué querés, papi? —preguntó sensualmente la mujer.

—Quiero estar por primera vez con una mujer —dijo secamente el joven.

—Claro, pimpollo, que quiero para mí ese virguito —dijo ella, sin dejar el morbo de sus actitudes.

—¿Cuánto vale?

—Veinte, no más.

—¿Y puedes esta tarde, después de que yo salga de trabajar?

—Claro, bebé.

—Yo sé a dónde ir, ya te he visto antes.

—¡Claro, en la zona de los milagros! —se rió la mujer—. Entonces esta tarde te espero, pimpollo.

—Allá estaré —dijo el joven sin siquiera sonreír.

La mujer se dio media vuelta, y ondeando el cuerpo se perdió entre el parque, entre el sopor somnífero de la tarde. El joven se incorporó, caminó por el sendero, arrojó la colilla del cigarrillo y la apagó con la planta de los pies, restregándola contra el suelo con furia. Con el rostro sudoroso, el muchacho entró a la droguería. El farmaceuta miró el reloj: «Es la hora correcta», pensó.

V

El detective González y la investigadora del CTI entran a una gran sala de la Policía Judicial, en donde, casi como en las series policiales gringas, todos se desplazan de un lado a otro como diligentes hormigas, llevando y trayendo papeles, hablando con voz fuerte y llenando el ambiente de humo de cigarrillo, como si éste despertara los sentidos y aumentara la inteligencia. Los dos llegan a un cubículo que hace las veces de oficina modular y desorganizada.

—Siéntese, doctora.

Ella, seria pero hermosa, toma asiento, a la vez que el detective González se sienta, se agacha, y comienza a sacar un cartapacio de entre una de los cajones del escritorio.

—¿Ni una pista? —pregunta el detective González.

—Nada, parece que se esfumara.

—¿Y qué tal que fueran varios?

—La hipótesis del satanismo, de prostitución infantil y del tráfico de órganos ha sido descartada.

—Sí, entiendo, a pesar de que los cuerpos aparecen cercenados, tienen los órganos en su sitio, aunque destrozados.

—Tampoco se han encontrado elementos satánicos en las escenas de los crímenes, para llegar a pensar en tal posibilidad —dice la investigadora Laura Martínez.

—Entonces debe ser un asesino en serie.

—Es la hipótesis más creíble. Por el *modus operandi*, todo indica que es un solo hombre.

—¿Y qué más se sabe, doctora?

—Hay una pista sólida, señor González

—¿Qué pista?

—Hace años una juez de Tunja dictó sentencia contra un hombre.

—¡No puede ser! ¿Y qué pasó?

—Lo soltaron.

—¿Por qué, doctora?

—Estuvo en la cárcel por un tiempo, pero la Defensoría del Pueblo pidió su libertad, invocando que no había pruebas contundentes para mantener al hombre preso. En varios exámenes psicológicos determinaron que el hombre poseía una personalidad *de sujeto no paciente*, es más, con cierto comportamiento afable, sin ninguna muestra de perturbación mental.

—¿Entonces resultó ser un hombre bueno? Si es nuestro hombre, entonces, ¿cómo se pudieron equivocar en el dictamen psicológico?

—A veces las cosas se hacen a la ligera, doctora. Sí, le dieron la libertad, desapareció, pero su familia todavía vive en San Gabriel.

—Eso es importante. ¿Y ya hablaron con la familia?

—Se está levantado un completo perfil del hombre que estuvo prisionero en Tunja, pero no hay evidencia contundente de que él sea el criminal que estamos buscando.

—¡Mierda! Pero eso puede servir, ¿no, doctora?

—Claro, claro; aunque a veces siento que estamos buscando una aguja entre un pajal.

La investigadora Laura Martínez abre el maletín y saca otro tanto de papeles.

—Vea, vea, señor González.

El detective González saca un cigarrillo.

—¿Fuma, doctora?

—No, gracias, señor González.

—Me puse nervioso —aduce el detective.

—¿Qué tal que ese perfil sea el de nuestro hombre?

—Ojalá. Pero él se perdió quién sabe dónde y no presenta ningún otro antecedente judicial.

—¿No volvió a su pueblo?

—No, últimamente no. Hace muchos años que no lo ven en San Gabriel... Parece que el hombre es un vendedor ambulante.

El detective González abre desmesuradamente los ojos.

—¿Un vendedor ambulante? —pregunta como si no hubiese entendido la afirmación de la investigadora.

—¿Qué tiene que ver eso, señor González?

—Pues que si anda perdido de su pueblo, debe ser porque *viaja mucho*. Debe ser un trashumante, ja, ja.

—No había caído en la cuenta de eso, señor González. Claro, esa conclusión puede ser la punta de la cuerda.

VI

El joven se restregó las manos con cierto nerviosismo, mientras el farmaceuta sacó las llaves de la droguería de entre una gaveta.

—Hemos terminado la jornada por hoy, muchacho. Y recuerde que la semana entrante nos toca jornada nocturna.

—Sí, señor.

Echaron candado, y el farmaceuta se despidió del muchacho.

—Hasta mañana... ¿Ah, y para dónde va ahora?

—Quiero darme una vuelta por ahí —contestó el muchacho.

—Bueno, cuídese. Adiós.

El joven volvió a restregarse las manos. Se quedó inmóvil, sobre el andén, esperando que su patrón desapareciera para comenzar a andar. Caminó un par de cuadras y volteó hacia la derecha. Las primeras sombras de la noche empezaron a inundar el firmamento, y esa extraña sensación de tristeza incógnita se apoderó de él. Caminó rápido, casi corriendo, casi corriendo. Llegó a una casa pitada de morado y amarillo reluciente, en donde varias mujeres estaban recostadas, en medio de su maquillaje estrafalario, contra la pared como lánguidas sombras que se desprendían entre el odio y el olvido. El muchacho buscó a la mujer del medio día, buscó de prisa, buscó de prisa. Siguió buscando, hasta que la

descubrió hablando animadamente con otra mujer, mucho más vieja que ella.

—¡Ps, ps, ps!

La mujer del medio día volteó a mirar, descubriendo al muchacho, que se escondía tímidamente detrás de un árbol.

—¡Pimpollo! —gritó ella.

—Ya llegué —musitó el joven.

La mujer se acercó sonrientemente hacia el muchacho, y sin mediar ninguna otra palabra, lo agarró de la mano y casi que lo arrastró zaguán adentro.

—¿Trajiste los veinte?

—Sí.

Ella, muy traviesa y levantando las caderas, dejando ver sus magníficas piernas, empujó una puerta. El muchacho se paralizó de estupor.

—Sigue, sigue, mi amor, que te voy a quitar la virginidad, guapo.

—Bueno.

El cuarto era pequeño, triste y con olor a un rancio perfume barato. Tenía una cama pequeña, patiabierta, cubierta por una colcha limpia de retazos variopintos. Sobre la mesita de noche había una lámpara entristecida y un cuadro de la Virgen del Carmen.

—Es para que nos proteja de todo mal —dijo la mujer—; y también para que nos vaya bien con el billetico.

—Ah.

—¡Desvístete!

El muchacho quedó pasmado, acertando apenas a mirar el cuadro de la Virgen del Carmen.

—¡Voltéala!

—¿Qué?

—Que voltees la virgen; me da mucha pena.

—Tontico —contestó la mujer, que, sin embargo, volteó el cuadro de la virgen para que no se viera la estampa, sino el recubrimiento de papel amarillo de atrás, adherido con una cinta cuyo pegamento era cola que olía a cola.

El muchacho se sentó sobre la cama, sin atreverse a desvestirse aún.

—Tengo calor —dijo.

—Ya veo... ya veo. Necesitas licor para perder la virginidad —dijo la mujer.

—No sería mala idea, pero jamás he tomado.

—También será tu primera vez.

—¡Qué inocente que eres! Dame dinero para traerte el trago, y apúrate que otros clientes deben venir ahora.

El muchacho metió las manos al bolsillo y sacó un par de billetes emburujados.

—¿Esto sirve?

—Claro —abrió sagazmente los ojos la mujer.

La mujer entre abrió la puerta y gritó que trajeran una botella de aguardiente, y en un santiamén una mujer gorda y vieja, con piernas de elefante, se apareció mágicamente con una botella de *Cristal*.

—Bueno, a lo que vinimos, pimpollito tímido. Yo te entiendo mucho, es tu primera vez.

—Sí.

Ella abrió la botella con gran habilidad y sirvió un trago grande en un vaso de servir jugo.

—¡Toma!

El muchacho bebió de un solo sorbo. Sintió morir se cuando el licor le quemó la garganta.

—¡Uich!

—Tomate otro para que entres en calor.

—Es muy feo. ¡Asqueroso y quema!

—Es solo al comienzo, pimpollo, después se pone bueno.

Y lo hizo beber varios tragos más, a los que el joven accedía para hacerle honor a su virilidad, y así poder comprobar que en nada lo había afectado la violación de que fue víctima, cuando era niño, por un hombre desconocido que le prometió llevarlo a caballo a la escuela para que no llegara tarde, y se fuera a ganar una reprimenda mayor de un padre alcohólico que arrasaba del cabello a su mujer por el piso, la pateaba y la amenazaba con un machete cuando llegaba borracho, invadido de los mil demonios, después de haber sostenido cientos peleas en la cantina.

Y el trago comenzó hacer pronto efecto entre esa hostigante sensación de náuseas, pero la voluntad de mostrarse macho evitó que reversara el licor. El muchacho se incorporó, bebió otro trago y comenzó a desvestirse lentamente.

—¡Apúrate!

—Apaga la luz —dijo el joven, ya tartamudeando a consecuencia de la súbita borrachera.

—¡Ah, qué hombre este pa' complicado!

Ella en un periquete se desnuda y se sienta al lado del muchacho que tiritó, no de frío, sino de nerviosismo.

Ella alarga su mano y toca suavemente el viril del muchacho. Él se estremece, sintiendo una sensación desagradable, vergonzosa.

—Mmmmm... no se quiere parar.

—No.

—Veamos, tiene que pararse para que pierda su virginidad. Hay que correrle muy bien el gorrito.

—Sí.

Ella sigue tocando suavemente, acariciando con una ternura bien fingida, pero el pajarito no quiere tomar vuelo.

—Haz un esfuerzo.

—Eso hago.

Pero por nada del mundo, ni con los más grandes artilugios del deseo, el pajarito quiso tomar vuelo hasta el nido de la intimidad de la mujer.

—Haz otro esfuerzo.

—Ya, ya.

—No se quiere parar... Vaya, ya son casi las siete y ya llega un cliente, don Ramón, el viejito de la panadería que a diario viene a echarse su güevito.

El muchacho agachó la cabeza. La mujer volvió a acariciarlo, pero el pajarito no tomó vuelo. Volvió a agachar la cabeza, y entonces sintió como el hombre desconocido lo lanzaba contra el piso, lo golpeaba y lo volvía a levantar para bajarle los pantalones cortos y manosearlo entre los rugidos de una bestia enloquecida. Siguió sintiendo aquellas manos toscas, grandes, gigantescas, que le recorrían el cuerpo, haciéndole doler mucho más las heridas de la zurra que su padre le había

dato. Sintió un dolor desgarrador, inconmensurable, infinito, entre las entrañas. Todo comenzó a nublarse entre sus propios gritos de angustia, mientras que el hombre se balanceaba agrestemente contra su cuerpecito inerme y sacrificado. Agonizante, vio cómo el hombre se subía los pantalones y desaparecía como una sombra maldita, como un troglodita perdido, entre los árboles que no fueron capaces de cubrir su dolor. ¡Un caballo relinchó en lontananza! El muchacho se agarró desesperadamente la cabeza.

—¡Nooooo! —gritó como si hubiera visto al demonio.

—¿Te has enloquecido? —preguntó la mujer.

El muchacho no contestó, sino que temblando y entre la penumbra se vistió raudamente. Iba a cruzar desesperado la puerta, cuando la mujer se le interpuso.

—¡Mis veinte! ¡De aquí no sales si no me das mis veinte!

VII

—¿Cómo es el perfil del vendedor, doctora Laura?

—¡Sorprendente! Es el mayor de siete hermanos y tuvo, mientras permaneció en su casa, unas relaciones complejas con su padre. Fue violado de niño. A los 16 años de edad se fue de la casa, luego de haberle respondido a su padre violentamente, porque no se aguantó más el maltrato continuo a que era sometido por su progenitor. Trabajó en la droguería de su pueblo natal, en donde recuerdan que después de haber salido echado de allí, porque cambió abruptamente su comportamiento, volviéndose agresivo e irresponsable; se volvió un alcohólico contumaz. Siguiendo las pistas, se descubrió que sufría de momentos de depresión y muchas veces lo vieron llorando sentado en uno de los bancos del parque. Sin embargo, acudió a solicitar ayuda médica para superar el problema del alcoholismo, y hasta fue enviado al psiquiatra porque muchas veces tuvo intenciones suicidas. Estuvo internado por algunos días en un neuropsiquiátrico, de donde salió sin recuperarse del todo. Tuvo una relación normal con una mujer que habla muy bien de él, y aunque le reprocha su alcoholismo, nunca le ha visto ninguna actitud sospechosa, y hasta trató muy bien, de forma paternal y cariñosa, a los hijos de ella; eso dice la testigo. Empero, en San Gabriel lo recuerdan como un borrachín busca pleitos, pero eso, me parece, normal...

—¿No hay más, doctora?

—No mucho... no mucho

—¿Y fotografías?

—Hay algunas de su rostro.

—¿Y cojea?

—No hay información. Nadie recuerda que el vendedor cojeara.

—Eso sí que es grave.

—¿Por qué, señor González?

—Del departamento de morfología dicen que cojea.

—¿Estatura?

—Nadie concuerda. Unos dicen que es alto y otros, que es muy bajito; otros señalan que es gordo y otros, que es delgado. Usted sabe que la gente olvida esos detalles después de que no ha visto a alguien por mucho tiempo. De pronto también hay cambios entre algunos periodos.

—¡Malditas contradicciones!

—Pero la gente no tiene la culpa.

—Sí, así es, doctora.

—Lo que sí es cierto es que el vendedor existe realmente, aunque todavía no sepamos con certeza si es nuestro hombre.

—¡Muchos indicios!

—Pero pocas fortalezas, señor González.

—Bueno, lo único que tenemos claro es que sí tiene un prontuario, aunque haya salido rápidamente de la cárcel.

—He ahí el problema... Después de ser liberado, se debe presumir sobre el vendedor inocencia.

—¡Inocencia! Pero si la juez de Tunja sentó en firme la condena de ese sujeto; claro que ya se había *fugado*.

El detective toma una de las fotografías entre sus manos.

—Tiene cara de mosca muerta, y eso es peligroso, doctora.

—Lo sé, pero tener cara de mosca muerta no está en el Código Penal como delito.

—Hay que averiguar todo lo que más se pueda del vendedor.

—En eso están mis hombres... Varios se han disfrazado de vendedores y han preguntado por él con el pretexto para hacer negocios... Pero nada de nada, parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—No, doctora, no se lo ha tragado la tierra; debe estar por todo el país cometiendo sus fechorías.

—Ya han encontrado cinco cadáveres en Almviva de Villavicencio.

—El criminal siempre acude a los mismos lugares. Recuerde que una gran cantidad de niños aparecieron en los cañaduzales del Valle, en distintas poblaciones. Otros muchos en las zonas boscosas e inhóspitas cercanas a las ciudades y poblaciones. Cuando retornaba a los pueblos y ciudades, volvía a cometer los asesinatos en los mismos lugares, pues se han hallado osamentas en los mismos sitios, pero con diferencia de tiempo de la muerte, hasta de tres años, incluso, unas de las otras.

—Hasta en el Caquetá.

—Tengo una gran duda, doctora.

—¿Cuál?

—Así no hayan encontrado elementos satánicos, sí creo que hay una forma de ritual macabro que el asesino practica con las víctimas; pues la forma similar en que los niños aparecen, con mutilaciones y decapitaciones, así lo indican.

—Sí, sin duda que hay un componente psicopático en donde se mezcla ritualidad y es muy probable que el hombre realice una especie de ceremonial oscuro para perpetrar los crímenes; es como si el asesino tratara de liberarse de algo que le invade la vida.

—Usted lo ha dicho. El vendedor tiene ese perfil.

—Pero, señor González, de ser así, todos quienes fueron violados de niños y todos los alcohólicos *per se* serían psicópatas.

—Bueno, no sé; aunque en potencia sí presentan rasgos con una marcada tendencia de inadaptación social. Pero hay que buscar al vendedor, así sea en el último rincón de la tierra. ¿Entonces, por qué no ha vuelto a aparecer en su pueblo? Es como si debiera algo, y menos cuando allí solamente hizo pilatunas de borracho.

—Muy extraño.

—¿Están seguros de que en San Gabriel nunca tuvo problemas con niños?

—No, nada, ni una sola queja.

—¡Ese es un punto a su favor!

—Claro que los psicópatas aparecen como personas normales entre los conocidos para evitar sospechas.

—Sí, parecen muy inteligentes y suspicaces —dijo el detective González.

—De todas formas, debemos encontrar al vendedor.

—¿Y las huellas dactilares?

—Ya se pidió un cotejo en la Registraduría.

—¿Y pruebas de ADN?

—También se pidieron a Medicina Legal, pero eso demora, todavía no hay la tecnología óptima, y las contra muestras tienen que enviarse a los Estados Unidos. Recuerde que en casi todos los casos, por el paso del tiempo, meses y hasta años, y de las difíciles condiciones físicas, las huellas dactilares se pierden y las pruebas de ADN se hacen más complejas; aparte de que el asesino no deja ninguna muestra biológica. Parece que en realidad es muy inteligente, previsor y calculador.

—Como todos los criminales psicopáticos. ¿Y los otros sospechosos?

—Hay tres condenados por muerte y violación de niños varones, pero parece que no tienen nada que ver con los asesinatos en serie, pues el *modus operandi* ha sido diferente y circunstancial en esos casos. Además, las pruebas de la tarjeta decadactilar no incriminan a los sospechosos.

—Entonces solamente queda un sospechoso.

—Probablemente él sea, solo debemos comprobarlo.

—Debemos conseguir una fotografía de cuerpo entero por ahora.

—No hay en San Gabriel ninguna, excepto de dos fotografías de cuando era un niño, y no tienen ningún parecido con el vendedor adulto.

—Esperaremos las pruebas dactilares y las de ADN, pero por ahora, nos urge una fotografía de cuerpo entero.

—Trataremos. En los otros pueblos en donde han aparecido los niños asesinados nadie sabe dar razón de nada, pues solamente recuerdan a los chicos que trabajaban en las plazas de mercado, eran vendedores ambulantes o simplemente estudiantes normales, pero como en los días de mercado los pueblos se llenan de vendedores desconocidos que los recorren en las ferias, nadie repara quién habla con quién, y si lo hacen, no lo recuerdan, porque están preocupados de sus negocios. Algunas veces recordaban ver a los niños con alguien, pero ese alguien resultaba ser un pariente o un amigo que jamás ha salido de los pueblos, por lo que no podía cometer los crímenes en otro lugar. Es más, una vez se detuvo a un sospechoso, pero resultó que había estado tomando y jugando todo el día en el billar del pueblo, sin que nadie lo viera apartarse ni un solo instante del establecimiento.

—Necesitamos la fotografía —reiteró el detective González.

VIII

Salió huyendo del prostíbulo como si hubiera visto al demonio. Corrió tan rápido que en un santiamén estuvo en las afueras del pueblo. Se subió, en medio de la oscuridad nocturna, sobre un montículo del camino. La cabeza le giraba vertiginosamente y comenzó a trasbocar recordando a la mujer con la que no había podido tener su primera vez. «Soy un marica», gritó, agarrándose la cabeza en actitud desesperada. Lloró entre estertores desgarradores. Levantó la cabeza y vio una sombra pequeña que se desplazaba entre los resplandores de una hermosa luna llena. Miró hacia el otro extremo, y vio otra sombra: gigantesca y lúgubre. Se aterrorizó de pavor. La sombra continuaba acercándose hacia él.

—¡Nooooo! ¡Usted no!

Era el hombre que lo había violado cuando niño, pero tenía un aspecto fantasmal, tosco y endemoniado.

—¡Aléjate de mí! —gritó entre la vaguedad de la noche.

—Mira, mira, allá, por el otro lado del camino, vienes tú de niño y yo te llevaré a caballo a la escuela.

—¡Nooooo!

—Ese eres tú, ese eres tú, y yo tomaré tu cuerpo y te llevaré a la arboleda para que juntos vayamos a caballo a la escuela y no llegues tarde, porque tu padre te pegará de nuevo.

—¡Nooooo!

—Ese niño que viene solo por el camino eres tú, y estás hermoso, pálido y delgado.

El muchacho se restregó los ojos para ver si despertaba de aquella terrible pesadilla.

—¡Ave María purísima!

Pero el espectro de su violador, enorme, negro y tosco no desapareció ante la invocación.

—Tú vas a llevar a ese niño que eres tú a la arboleda y lo llevarás a caballo a la escuela.

—¡Nooooo!

El muchacho intentó incorporarse y advertirle al niño que venía por el camino del peligro inminente.

—Déjalo que se acerque, es un niño hermoso, pálido y delgado y tú lo llevarás a la arboleda y lo llevarás a caballo a la escuela.

—¡Nooooo!

El muchacho se incorporó bruscamente, descendiendo del montículo a la vera del camino en donde estaba sentada. Abrió muy bien los ojos y trató de recomponer su consciencia. Miró al otro extremo, pero no había ningún fantasma, ni menos estaba el espectro del hombre que lo había violado cuando niño. Sin embargo, la sombra del otro lado era real, pues, en efecto, era un niño el que avanzaba saltando por el camino. El muchacho se quedó en silencio hasta cuando tuvo de cerca al niño que se acercaba. El pequeño venía haciendo rodar con un palito un aro plástico y no reparó en la presencia del muchacho, que se había ocultado detrás de unos árboles. Entonces se quedó mirando al niño, sintiendo un cabalístico rehiló de placer indescriptible. Lo

vio cruzar y le pareció hermoso, pálido y delgado. Quiso sacudirse de la atracción producida, pero sintió la mano del violador que le apretaba la garganta fuertemente.

—Ve detrás de él, lo llevas a la arboleda y lo montas a caballo, porque tiene que estar temprano en la escuela.

El joven volvió a sacudirse y el espanto desapareció al instante. Salió de su escondite y persiguió cautelosamente al niño, dispuesto a convencerlo. Avanzó más rápido... casi corriendo, casi corriendo, hasta que estuvo cerca del niño. «Es hermoso, pálido y delgado», se dijo. Una piedra del camino chocó contra sus zapatos, haciendo que el desprevenido niño de la noche de luna llena reaccionara de súbito. Fue un gesto veloz de sorpresa y luego una sonrisa de alegría.

—Hola, Bony, me asustó.

IX

Era unos de esos días en donde el detective González se sentía extraño, porque estaba en su casa jugando con sus dos pequeños, una preciosa niña rubia de cinco años de edad y un niño, también rubio, como la madre, de siete años. De repente volteó a mirar a su hijo y se estremeció hasta los tuétanos de los huesos. ¡Santo Dios! Corrió hasta donde estaba el niño, lo levantó y lo apretujó tiernamente contra su pecho.

—¡Hijo mío, te adoro!

Desde la cocina, la mujer del detective González sonrió, sin comprender que en el fondo la desmedida reacción de su esposo tenía una razón de ser. Estaba tan obsesionado con el caso del asesino en serie de niños varones por todo el país, que con solo imaginar a su hijito en las garras del criminal, le producía esa desazón abracadabrante y un deseo incólume de despescuezar al culpable. «Estoy obsesionado», pensó. Sí, a pesar de su tesón por encontrar al psicópata, *Monstruo de los Andes*, como bautizaban los diarios sensacionalistas al asesino en serie, se aterraba con la idea de que pudiera aparecer en Bogotá en cualquier momento y que, precisamente, como poseído por el demonio, pudiera averiguar que él estaba buscándolo para entregarlo a la justicia, y así llevar a su hijito hasta los matorrales. [Se encontraron, tiempos después, tres cadáveres de niños con los mismos signos de violencia que daban a entender que el asesino era el *Monstruo de los Andes*, en zonas

despobladas del suroriente, por los lados del barrio La Victoria de Bogotá]. ¡Santo Dios, libra a mi hijito de todo mal!

El detective González bajó a su hijo, acariciándole una y otra vez la rubia cabellera.

—¿La ruta está pasando puntualmente por los niños?
—le preguntó a su mujer que estaba en la cocina.

—Sí, mi amor.

—Tienes que recomendarle a la coordinadora de ruta que si ve algo raro, debe avisar de inmediato a la policía.

—Ella sabe hacer su oficio bien; es una persona muy seria.

—Pero no debemos descuidarnos por nada del mundo, amor.

De repente sonó el teléfono, y el detective González, con el corazón en la mano, corrió a contestar prestamente.

—¡Tenemos, tenemos unas pruebas contundentes!
—escuchó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Ya mismo, ya mismo voy para allá.

Colgó el auricular y desesperadamente se puso el saco de paño.

—Espera, espera, amor, ya casi está el almuerzo. Tú casi nunca almuerzas con nosotros —protestó dulcemente la esposa del detective González.

—¡Es algo urgente, Clarita! ¡Cuida bien a los niños!
—gritó el detective González, mientras salió al antejardín, se montó en su automóvil, perdiéndose velozmente por la calle.

X

El hombre, de cabello largo, entre crespo y negro, con una cachucha azul oscura y grandes gafas de carey se sentó en el banco del parque. Eran cerca de las ocho de la mañana, y había estado bebiendo sin parar durante toda la noche en la cantina del pueblo. Aún retumbaba en su cabeza la música de carrilera y *La cama vacía*, que cantaba patéticamente Oscar Agudelo, pero que a él le horadaba el alma, con un sentimiento de angustia que se le incrustaba como una saeta en su recuerdo. Trató de dormir en el asiento, pero no pudo. Tocó la mochila de fique, cerciorándose que ahí tenía un par de botellas de ron, más algunos otros elementos. Hacía un sopor ineludible y el mundo parecía algo etéreo, fantasmal, pero él, quizá a sus treinta y cinco años, se sentía vivo entre la modorra de la existencia. Sacó la lengua para humedecer los labios reseco y a su recuerdo llegó la imagen intacta de aquella tarde cuando fue violado. Movi6 los hombros, a la vez que los gallinazos sobrevolaban audaces sobre la plaza de mercado, que a esa hora parecía un hervidero humano entre los gritos de los mercaderes agropecuarios. Aquellas gigantescas aves negras, que sabían volar muy alto, hasta el punto de parecer punticos endrinos en el firmamento, tenían el prodigio de pasearse confianzudas entre las gente que arrojaba los desperdicios en los alrededores. «Tanto

tiempo ha pasado... ha pasado mucho tiempo», se dijo. Se quitó las gafas y comenzó a gemir como un niño chiquito, llorando de absoluto desconsuelo. Sacó el pañuelo y se secó las mejillas. Extrajo una botella de ron de la mochila y libó un trago largo, muy largo. «Varias veces lo he intentado, pero nunca he podido, ni siquiera con el niño aquel de aquella noche que no pudo ser mi primera vez con una mujer. Bueno, será mejor así, será mejor así. Pero a veces siento ganas de vengarme del destino que me ha tocado a mí. He buscado por cielo y tierra al hijueputa que me violó, pero solo se me aparece en sueños o como un fantasma. ¡Quiero matarlo! Quiero vengarme, porque por él no puedo tener una erección cuando quiero, porque por él nunca he tenido sexo con una hembra, ni siquiera aquella vez que estuve en el cuarto con la fufurufa y me tocó salir corriendo, lleno de asco y vergüenza porque no pude hacerle nada, ni siquiera cogerle una teta. Por él es que me gustan los niños, ya que creo que yo puedo librarlos del mal que sufrí. ¡No vale la pena, no vale la pena! Voy por todas partes buscando al hijueputa ese, pero por ningún lado está. No sé si ya murió o si aún vive para mi desgracia. ¡No lo encuentro, no lo encuentro! He ido a donde las brujas para que me digan en dónde se esconde, pero ellas me dicen que está muy lejos, en otras tierras, muy lejos. He aprendido a consultar la tabla *wija* para ver si puedo encontrar su alma entre los muertos y así vengarme, pero el hijueputa no aparece ni vivo ni muerto. Sólo se me aparece en sueños o en forma de fantasma y se desvanece después de que quiere obligarme a hacer lo

que yo no quiero. ¡Maldito! Me han leído el tabaco, el tarot, las cartas españolas, he ido a donde los maestros del satanismo, pero nada de nada, el hijueputa ese no aparece». Bebe otro trago largo, muy largo. Tiene los ojos enrojecidos en el prelude de una extraña sensación. Levanta la cabeza, levanta la cabeza y observa a lo lejos, entre el denso y cálido vapor de la mañana. «¿Será el niño de la noche de luna llena?», se pregunta. Se incorpora rápidamente y comienza a caminar de prisa, casi corriendo, casi corriendo. «Es hermoso, pálido y delgado». La mañana continúa con su agite premonitorio. «Juraría que he visto a ese niño en la tabla *wija*. Es hermoso, pálido y delgado, como alma en pena que desea retornar a la tierra para volver a sufrir. ¡No! No dejaré que regrese, debo salvarlo, debo salvarlo, porque es hermoso, pálido y delgado y no merece padecer los infortunios de la vida». Se acomoda la gorra, se acomoda las gafas, pasándose los dedos de la mano por el pelo largo que le sale por entre la cachucha. Anda de prisa, casi corriendo, casi corriendo. Ya lo tiene cerca. «Es hermoso, pálido y delgado». Su voz tiembla, su espíritu tiembla, pero en el momento en que desea retroceder, la mano del fantasma le aprieta como garfios la garganta, y la horrenda sensación de asfixia que lo aproxima a la muerte lo invade. De repente grita:

—¡Niño!

—¿Señor?

—¿Usted no es Jairito, el niño de la noche de luna llena?

—No, señor, yo soy Manuel.

—¿Y cuántos años tienes?

—Diez.

«Dos más de cuando fui violado por el hijueputa ese», piensa el hombre.

—¿Quieres acompañarme, Manuel?

—Pero, señor, me enviaron a hacer un mandado —contestó el niño.

—Ah, es que necesito que me ayudes con algo; yo te daré una platica.

El hombre saca de entre un bolsillo un billete de diez mil y se lo enseña al niño.

—Te ganas estos diez mil si me acompañas.

El niño vacila

—Debo hacer el mandado, si no me van a regañar.

—Bien vale la pena un regaño por diez mil pesos. ¡Tómalos ya!

Ante la oferta tan tentadora, el niño recibe el billete.

—Eso, ahora vamos allí

—¿Es lejos?

—No, Manuelito, es allá, en las afueras tengo mi casa y quiero que me ayudes a llevar unos caballos al establo.

—Sí, me gustan mucho los caballos. ¿Y me dejará montar en uno?

—Claro, claro, y te llevaré a la escuela.

—Pero yo estudio por la tarde y la escuela no está lejos de mi casa.

—No importa, puedes llegar a la escuela a caballo.

—Ja, ja, todos se burlarían de mí. Nadie llega a la escuela a caballo, la mayoría llegan a pie y unos cuantos en bicicleta.

—Ah, tranquilo, vamos, vamos a arriar los caballos, a meterlos en el establo. Es más, si todo sale bien te doy otro billete de diez mil.

—Bueno, vamos; de seguro que mi mamá no me dirá nada si sabe que me he ganado veinte mil pesos... Le compraré algo para que no se vaya a poner brava por la demora.

—¡Eres un buen niño!

Y el pequeño siguió al hombre que iba de prisa, casi corriendo, casi corriendo. Pasaron un par de calles y llegaron hasta la carretera enfrente de unos matorrales que se extendían soberanos hasta una colina

—¿Y los caballos?

—Están allá atrás. ¡Vamos!

—Bueno.

—¡Vamos!

—¿Pero en dónde está la entrada a la finca?

—Por aquí acortamos camino, Manuelito

—Bueno.

—Tenemos que cruzar por debajo de la cerca. Debemos acortar camino, porque si no los caballos se largan.

—Sí, señor.

El hombre levantó los alambres y el niño pasó al otro lado. Luego él, con extraordinaria habilidad, cruzó la cerca de los alambres de púa. Se acomodó la mochila y avanzaron por entre la vegetación, apartándola con la mano de cuando en cuando. Se perdieron entre los matorrales.

Luego el vapor de estigio de aquella mañana cubrió inmisericordemente un gran secreto, y un niño hermoso, pálido y delgado sobrevoló el firmamento.

XI

En medio de la algarabía laboriosa de todo el personal investigativo, el detective González entró a la oficina raudamente. Allí estaba sentado el sargento Jiménez de la Policía Judicial. Ni siquiera saludó, como era su costumbre fundamentada en los buenos modales.

—¿Qué tenemos, mi sargento? —preguntó sin sentarse siquiera.

El Sargento levantó los brazos, con las palmas de la mano extendidas, a la altura del pecho.

—Calma, calma, González.

—Perdón, mi sargento, estoy un poco ansioso.

—Claro que lo comprendo, créame que lo entiendo.

El detective González cerró los ojos y aspiró e inhaló un par de veces con el fin de sosegar.

—¡Eso es! —lo animó el policial.

—Ya estoy calmado, el acelere es poco aconsejable.

—El hombre estuvo en San Gabriel.

—¿Cómo así, mi sargento?

—Como lo oye, González, el vendedor estuvo hace muy poco en su pueblo natal.

—¿Y nadie lo detuvo?

Él lo miró indagante.

—Visitó de incógnito a una de sus hermanas, y cuando los investigadores llegaron, el hombre ya no estaba.

—Claro, se hubiera podido hacerle efectiva la orden de captura emitida en firme por la juez de Tunja.

—Sin embargo, dejó una sarta de papeles que sí fueron decomisados.

—¡Qué bien!

—Bueno, no se alegre demasiado, González, porque apenas hay, inexplicablemente, recibos de hotel, contraseñas de tiquetes de flota, facturas de los cachivaches que compra para revender: ambientadores, toallas, perfumes baratos y, lo más sorprendente, estampas religiosas de la virgen del Carmen y del Divino Niño Jesús del Veinte de Julio. Además toda esa papelería data desde tres y más años atrás.

—¡No lo puedo creer!... Es como si no quisiera deshacer el camino andado. Es una actitud poco común, por decir lo menos, que alguien guarde eso. Tal vez con ello revive el pasado como una forma de superar la culpa de algo o de aferrarse a sus actos pasados.

—¿Ve, González, que con cabeza fría se piensa mucho mejor?

—¿Y qué más hay? ¿Fotos de niños?

—Ni una sola, para decir que tiene admiración por ellos o que practica la pornografía infantil. ¡Ni una sola!

—¿Entonces?

—He ahí el problema... ¿Señor González, y de dónde sacó usted la idea de que nuestro hombre cojea?

—Por el caso del incendio de los cañaduzales. ¿Pensé que usted conocía eso?

—Lamento mi ignorancia —contestó sargento Jiménez

—Claro, parece que cuando el asesino se llevó a una de sus víctimas a un cañaduzal, en el momento en que

iba a perpetrar el crimen se desató accidentalmente un incendio. El asesino acuchilló al niño y huyó colocándose apenas los pantalones sin ponerse los calzoncillos; también dejó los zapatos, una peinilla, un destornillador y los anteojos. Al niño lo encontraron encima de unos billetes que sumaban casi doscientos mil pesos.

—Vaya, no estaba tan enterado de eso. ¿Y lo de cojear?

—Recuerde, mi sargento, que con base a los elementos hallados a medio quemar, un morfólogo estableció las características físicas del individuo. Por el desgaste mayor de uno de los zapatos, el técnico forense estableció que cojeaba, y por la montura de las gafas levantó un retrato hablado, del cual yo encuentro un tremendo parecido con las fotografías del vendedor.

—Eso es subjetivo, señor González; creo que es algo más intuitivo que técnico.

—Por intuición también se han descubierto a los criminales.

—La intuición puede ser un aporte personal, y hasta valioso, pero no es algo técnico y por consiguiente no es legal; así que no sirve de mucho a la hora de la verdad.

—Entiendo, mi sargento. Ahora, en Medicina Forense se mataron tratando de encontrar muestras de semen de los calzoncillos, y es lo único que tenemos. En la mayoría de casos no hubo penetración anal.

—Eso sí que es muy extraño.

—Por eso digo que hay, antes que una connotación sexual, un caso de ritualidad; el asesino practica un rito, antes que actos de violación sexual.

—Veamos. ¿Aquí qué tenemos?... mmm, papeles, facturas, recibos... Hay que reconocer que en los pueblos de destino de los tiquetes hubo hallazgos y desapariciones.

—¡Eso es importante, mi sargento!

—Claro que esto sirve, pero vaya uno a saber si los de las fechas concuerdan exactamente, González. La verdad que todo esto sirve, pero nos hace falta una sola cosita, una cosita así de chiquitita —pone el dedo pulgar sobre el índice para señalar lo pequeña que es la cosa—, para establecer que el vendedor es el *Monstruo de los Andes*.

—Lo tenemos de un pelo, mi sargento.

—Pero ese maldito desplazamiento por todo el país, nos tiene jodidos para pescarlo en flagrancia. Mire, González, usted pidió algo que le voy a entregar, pero no quiero que ni siquiera la vea aquí... Se va tranquilo, muy tranquilito y en su casa, ojalá, hace el análisis.

—¿Qué es, mi sargento?

—Algo en donde creo que está la *prueba reina*.

El sargento Jiménez saca de entre una agenda una fotografía y se la entrega al detective González.

—La fotografía de cuerpo entero que usted quería... La tomaron en Buga unos testigos, lejos de San Gabriel... Como para que no diga que mis hombres no están trabajando en el caso. Ahora le corresponde a usted armar el rompecabezas del perfil del vendedor y ver si de verdad ese hombre es el criminal.

—¡Qué bien, mi sargento!

El detective trató de observar la fotografía.

—¡Quieto, quieto, González! Recuerde que es una orden: véala después, ojalá en su casa.

XII

Estaba sobre el puente de un viaducto, mirando detenidamente hacia abajo, como contando los carros que pasaban debajo. Se escuchó la corneta estridente de un camión, y se tapó los oídos. Metió la mano a la mochila y sacó La Biblia y en medio de la solana trató de leer. Comenzó a llorar despacito, muy despacito. Volvió a mirar La Biblia. «Aquí está la palabra de Dios». Siguió llorando, recostado sobre la baranda del puente. Nuevamente se escuchó el sonido estridente de la corneta de un camión. «A ese sí me le voy a mandar. No merezco vivir». Con cautela se fue subiendo a la baranda, y ni siquiera los primeros gritos lo hicieron detener. «¿Está loco? ¿Qué hace», gritaron muchas personas al unísono. Él, con prepotencia inhumana, gritó: «¡Me voy a suicidar, no merezco vivir, soy un gran pecador!» Sacó nuevamente La Biblia y haciendo un equilibrio mortal sobre la baranda hizo el que la leía. «¡Soy un gran pecador y no merezco vivir», volvió a gritar. Siguió gritando hasta que una mano poderosa lo agarró de atrás; era un policía.

—Vamos, hombre, cálmese.

Él se quedó mirándolo. De inmediato cayó de rodillas y tapándose la cara con La Biblia, comenzó a llorar desgarradoramente.

—¡Soy un gran pecador, señor agente, déjeme que acabe con mi vida porque no merezco vivir!

—¿Y luego qué hizo?

—Nada, señor agente; sólo sé que soy un gran pecador y por eso no merezco vivir.

—Vamos, hombre, levántese, levántese que ya llamé la patrulla para que lo lleven a un hospital.

—No, allá no, por favor, de lo que yo estoy enfermo es del alma porque soy un pecador y no merezco vivir.

El policía intentó levantarlo, pero el hombre se desmadejó sobre el hirviente pavimento. Al momento un auto patrulla se detuvo, y entre varios policías echaron al hombre adentro, que no soltaba por nada del mundo La Biblia. El atascamiento de vehículos, tanto arriba como abajo, se deshizo y todo pareció retornar a la absurda realidad de un destino incomprendido.

Lo dejaron en un hospital cercano y, luego de la evaluación de un médico, lo metieron al consultorio de un psicólogo.

—¿Quién es él? —preguntó azarado.

—Alguien que te puede ayudar.

—A mí solamente la muerte me ayudará... Solo la muerte me liberará del pecado, porque soy un gran pecador y no merezco vivir.

Sin embargo, y con actitud apacible, quedó sentado enfrente del psicólogo, un joven de aspecto retraído. El profesional lo miró de arriba abajo, auscultando a aquel hombre de aspecto desvalido pero de mirada sagaz debajo del marco de sus enormes gafas de color carmelita.

—¿Por qué quería suicidarse?

—Porque soy un gran pecador y no merezco vivir.

—Pero ese no es motivo suficiente para hacerlo.

El hombre se suelta de la silla y se arroja al piso sollozando con suprema consternación.

—¡He cometido un grave pecado, doctor! —grita.

—¿Qué pecado?

El hombre se incorpora velozmente y, deteniendo abruptamente su llanto, se queda observando por unos segundos al psicólogo de manera inquisitoria.

—¿Acaso es usted cura?

El psicólogo y el policía que está a su lado, se sorprenden.

—No, señor, yo soy psicólogo.

—Bueno, tampoco le puedo contar mi gran pecado a un cura porque, sencillamente, no creo en ellos.

—Entonces dígame a mí.

—Ya se lo he dicho, doctor, soy un gran pecador y no merezco vivir —contestó el hombre de manera fría y cortante, pues había en su rostro un gesto petrificado que lo asemejaba a una máscara mortuoria.

«Esos cambios tan abruptos no son propios de una persona depresiva. Voy a tener que remitirlo a psiquiatría para que lo mediquen», pensó el profesional.

—Bueno, si no quiere contarme qué hizo, entonces deberé enviarte a donde otro doctor. ¿O quieres ver a un sacerdote? ¿O a un pastor?

—No creo en los hombres, solamente creo en la palabra de Dios que está en este sagrado libro, doctor —dijo, levantando el libro de manera retadora.

«No hay caso con él. Se va para psiquiatría», pensó el psicólogo.

—Sólo sé que soy un gran pecador. Sólo sé que todos somos grandes pecadores, doctor, usted, él y yo... Y todos, todos.

—Gracias, agente, por su compañía. Remitiré a este hombre a donde el psiquiatra.

—Como ordene, doctor.

En el momento en que salía del consultorio, el hombre se volteó hacia el psicólogo y sonriendo, con voz queda, dijo:

—Era un niño hermoso, pálido y delgado.

XIII

La noche silba afuera inclemente y el frío se cuela inmisericordemente por las rendijas de las ventanas y de las puertas. A pesar de todo, la noche es tranquila y hermosa. Afuera se escucha a los niños hablar entre el sonido de la televisión. Deben ser cerca de las once. Se ha fumado casi un paquete de cigarrillos y ha bebido muchas, pero muchas, tazas de café cerrero, de ese que es bien negro, cargado, y sin una pizca de azúcar. Quita el sueño y distrae la sensación de cansancio del cuerpo para poder trabajar agotadoramente durante toda la noche, de ser preciso. Le tiene prohibido entrar a los niños al estudio simplemente porque apesta a olor de cigarrillo, y eso les hace mucho daño para los pulmones y los convierte en adictos pasivos cuando se acostumbran al olor, eso piensa él. La luz del techo está apagada, pero sobre el escritorio tiene una lámpara de luz blanca, una lupa y una linterna de luz infrarroja. Hay un montón de papeles que trata de ordenar minuciosamente, pero que en un ataque de impulsividad, desordena en un santiamén. Vuelve a ordenar, poniendo las pequeñas tarjetas de presentación en cuyo respaldo hay notas manuscritas de suma importancia. Toma la fotografía que por la mañana le entregara el sargento Jiménez de la Policía Judicial. La levanta suavemente y la pone debajo de la lámpara. «Yo sé que es usted, maldito, yo lo sé». En la fotografía hay

un hombre de contextura media, ¡qué!, más bien enclenque, de un metro con sesenta y cinco, eso calcula él, de gafas y de cabello negro entre crespo, ese que llaman ondulado. Todavía no sabe explicarse por qué motivo el hombre está de pie, posando, en calzoncillos amarillos y con chanclas. «Qué raro». Lo cierto es que ahí está ese hombre, ahí está. Qué le importa por qué aparece en la fotografía en calzoncillos amarillos y en chanclas, lo importante es que está ahí, ahí en el papel mate de la fotografía, desvencijada y amarillenta como si alguna vez le hubiese caído sangre encima. «Mi sargento dijo que la tomaron unos testigos en Tuluá, y allá también hubo niños muertos. Aquí está la prueba reina». Vuelve a levantar la fotografía contra la lámpara, la baja y pone la linterna de rayos infrarrojos. Después la mira con la lupa. «No hay duda, no hay duda, Santo Dios, las quemaduras del brazo izquierdo y la parte superior de la pierna izquierda. Se ven muy bien... se ven muy bien. Claro, no es simple coincidencia que esté en el Valle, en el departamento de los cañaduzales, y que esté quemado. ¡Las gafas, las gafas! Son del mismo estilo, con el mismo tipo de lentes rabo de botella y del mismo tamaño de las que encontraron a medio quemar en el cañaduzal». Mide milimétricamente las gafas de la fotografía y compara el dato con la medida que le enviaron del Instituto de Investigaciones Forenses. «¡No hay duda! ¿Y los calzoncillos?... Del mismo tipo, del mismo estilo. La gente usa siempre calzoncillos del mismo tipo, y esos son casi idénticos a los encontrados en los cañaduzales». Sigue inspeccionando detenida y repetidamente con la

lupa y con la linterna. «¿Y la cojera? Bueno, es difícil saber en una fotografía si alguien es cojo cuando su cojera es mínima. Veamos». Continúa explorando con fervorosa paciencia. Prende otro cigarrillo y se sirve otro pocillo de café. En el estudio tiene una greca con el fin de evitarle a su mujer que desde la cocina le esté trayéndole el tinto cada cinco minutos; eso la aburriría mucho, y a él nunca le ha gustado fastidiarla. Eso sí, nunca lava el pocillo mientras está encerrado en el estudio, y hasta le parece que el tinto le sabe mejor servido en un pocillo sin lavar, con tal de que no pase más de un día en ese estado, eso piensa él. Espanta el sueño con las manos sobre la cara. Abre los ojos desmesuradamente. «Mmm, noto algo, algo, claro, el hombre tiene una pequeñísima deformación longitudinal, desde la cadera hasta la rodilla derecha... es como si tuviese una delgado alambre entre la piel. ¡No cojea, no cojea, pero renquea! Claro, eso hace que el zapato izquierdo se desgaste más que el derecho. Son zapatos baratos pero de buena suela porque el tipo es andariego que da miedo... Claro andariego para hacer sus fechorías por toda parte. El pie izquierdo debe hacer más fuerza porque la pierna derecha tiene esa pequeña limitación, especialmente cuando corre». Una bocanada explosiva de humo y un sorbo volcánico de café cerrero. «El problemita viene desde la cadera. No entiendo por qué, pero es como si el tipo hubiera posado para que lo descubrieran... ¡En calzoncillos! ¡En chanclas!». Una bocanada explosiva de humo y un sorbo volcánico de café cerrero. «¡Mierda, ese es!», grita y sale corriendo. Se

detiene debajo del marco de la puerta de la alcoba; su mujer y los niños están entre el tálamo viendo televisión. Es sábado y no hay afán de que ellos se vayan a dormir temprano; no tienen que madrugar como el lunes, porque los domingos no asisten al colegio, así que pueden quedarse toda la noche viendo la tele y mañana si no quieren levantarse, que no lo hagan, porque los niños se sienten más felices durmiendo de día.

—¡Lo encontré, amor!

—¿Qué encontraste, mi vida?

—Al ase... —se detiene para no terminar la palabra maldita—. Ven, amor, ven un segundito y te muestro. ¡Ustedes no, niños!... sigan viendo la tele que ya les devuelvo a la mamita.

Juntos corren hacia el estudio y ella le da a él un beso apasionado de felicitación. Él le muestra la fotografía.

—Es él, es él, mi amor.

Luego le enseña las primeras fotografías en donde estaba apenas de rostro completo

—¿Sí o no que es el mismo, amor?

—Claro que sí amor.

—Bueno, ve a donde los niños, pero antes dame otro *riquito besito*. Me lo merezco, ¿no, amor?

—¡Muá!

Se besan apasionadamente por un largo instante.

—¿Ves que valió la pena encomendarse a Santa Marta, patrona de los imposibles? —dijo ella.

—Claro, amor, y ahora a terminar el rompecabezas, porque mañana debo entregar el perfil del criminal a primera hora en la *SIJÍN*.

—Pero no has dormido nada.

—Antes de las dos de la mañana estaré apupuchándote, amor.

—Eso espero, amor, me tienes descuidadita estos días.

—Es por una buena causa —mira triste y preocupadamente—, especialmente es por nuestro hijo, Clarita.

XIV

Siente las primeras llamaradas como salidas del infierno directamente. Se abalanza contra el niño que está atado de pies y manos y le propina varias cuchilladas directamente al corazón, con una destreza de anatomista. Los gritos del infante, aproximadamente de doce años, no se escuchan, porque el chasquido de las hojas de caña al arder no deja oír ni el mismo ruido del averno. El pequeño está desnudo, con los pantaloncillos en los pies, y desnudo se desgonza, mientras el hombre se acomoda raudamente el pantalón y la camisa, huyendo despavorido por entre la humareda. Corre de prisa, corre de prisa. Siente que no ve casi nada porque dejó olvidadas también sus gafas. Intenta devolverse, porque sin gafas casi no ve nada de lejos, pero las lenguas apocalípticas de fuego se levantan implacables allá atrás, consumiendo el vestigio de toda una desgracia. Corre de prisa, corre de prisa. Sigue corriendo velozmente, trastabillando de cuando en cuando, pero su sentido de supervivencia, a pesar de la ceguera, no lo deja caer. Corre de prisa, corre de prisa, hasta que alcanza la cerca de alambres de púa. Los malditos alambres de púa que siempre se aparecían para separar el mundo en dos partes definitivas entre lo que parecía el bien y en lo que es el mal. Se agacha y cruza con la pericia de un gato montés. Sale a la carretera y voltea a mirar hacia atrás. Allá viene una camioneta... allá viene

una camioneta y esa es su salvación. Hace señas para que el vehículo pare. Atrás sigue la humareda del cañaduzal. Descamisado y con los pantalones en la mano, porque no tiene correa, ¡maldición!, con ella también ató al niño, vuelve a levantar la mano con angustia. La camioneta casi que frena en seco.

—¿Qué pasó? —pregunta el conductor.

—Se prendió esa vaina —contesta él.

—Sí, eso veo. ¿Pero usted qué?

—Soy un trabajador de los cañizales —miente.

—Pero alcanzó a quemarse. Súbase a la camioneta y ya mismo lo llevo al hospital.

—¡Gracias!

El conductor ayuda a abrir la puerta derecha y el hombre se sube con cierta dificultad.

—¿Y por qué está descalzo?

—En la carrera perdí los zapatos.

—¿Acaso no tenía botas?

—No, yo sólo tenía zapatos.

—¡Ah!

—Casi que me quedo en ese infierno.

—Ya vamos llegando al hospital. ¿Duele?

—¡Arden como un diablo! ¡Gracias!

La camioneta giró vertiginosamente y frenó en seco enfrente del hospital. El conductor ayudó a bajar al hombre.

—Afortunadamente no son quemaduras tan graves —dijo el hombre.

—A mí no me parece, creo que son de segundo y tercer grado —dijo el conductor con cierta propiedad.

—¡Arden como el diablo!

—Entre, entre para que lo atiendan.

—¡Gracias!

Una enfermera acompañada de un camillero salió, pero el hombre se negó a montarse a la camilla y prefirió entrar al hospital caminando. Le hicieron algunas curaciones de emergencia y le dijeron que debía quedarse hasta el otro día, mínimo, para que se recuperara bien de las quemaduras que tenía en el brazo y en la pierna izquierda.

—Sanarán pronto —dijo el doctor.

Y lo acompañaron a una habitación con televisión en donde había otra cama, pero sin paciente. Cuando el hombre hubo salido, el doctor se dirigió hacia la enfermera:

—Qué raro, no tenía calzoncillos.

—¿Cómo así, doctor?

—Dijo que era trabajador de la plantación, y si estaba trabajando, ¿por qué sí tenía pantalón sin correa y no calzoncillos?

—Verdad, ¿no, doctor?

—Se me hace que está mintiendo en algo... ¡Tiene una carita de yo no fui que válgame Dios! Por eso lo mandé a una habitación... es mejor que debamos averiguar.

—Claro, doctor.

—¿Ya hay algunas noticias sobre el incendio?

—No fue nada grave... Con este sol las hojas secas de caña se prenden con nada; parece que ya lo apagaron, doctor.

La tarde comenzó a discurrir lentamente y el médico respiró fuertemente tratando de atrapar el incendio de los cañaduzales, cuya humarada había visto a lo lejos, desde la ventana del consultorio. Había estado a la expectativa, esperando, posiblemente, algún herido más, pero nada, pero nada de nada, afortunadamente, pensó el doctor. Cuando estuvo a punto de quitarse la bata, con la intención de salir, el teléfono repicó. El médico contestó rápidamente y, después de unos segundos de conversación, palideció intensamente.

—No, aquí solo ha llegado un herido —dijo.

—Encontramos a un niño apuñalado en un claro del cañizal a donde el fuego no llegó completamente.

—¿Cómo estaba el niño? —preguntó el doctor.

—Desnudo y atado con una cuerda y un cinturón de cuero.

El médico quedó como un papel, blanco y tembloroso a consecuencia de la sorpresa.

—¿Qué más? —preguntó con nerviosismo insistente.

—Se encontraron unas gafas y unos calzoncillos al lado del niño asesinado.

—¡Santo Dios!

—¿Qué pasa, doctor?

—Precisamente el herido —miró en rededor como para que no lo fueran a escuchar, aunque estaba solo en el consultorio—, llegó sin correa, sin calzoncillos y sin gafas y con quemaduras de segundo grado.

—¡Santo Dios! —escuchó el médico al otro lado de la línea.

—¡Aló, aló! —exclamó angustiado el doctor cuando la señal telefónica se desvaneció por un instante que se le hizo eterno.

—Por favor, no lo dejen ir; ya vamos para allá, doctor. ¡No vayan a dejar que se escape!

XV

Los dos están sentados en una mesa redonda de la oficina. El detective González no ha querido fumar ni tomar café cerrero, pues quiere estar lo más atento y lúcido posible; además tiene la cabeza embotada por el trabajo de la noche anterior, a pesar de que su esposa lo consintió por un ratico, hicieron el amor y él quedó profundamente dormido, soñando que atrapaba al criminal, exhausto pero satisfecho porque sentía que estaba haciendo una gran labor que muy pronto iba a dar sus frutos, de eso estaba seguro. La investigadora Laura Martínez, bella y vestida de traje rojo, muy elegante por cierto, recibe la carpeta de las manos del detective González. Adentro están las dos fotografías del rostro del vendedor y la de cuerpo entero en donde en un jardín posa inexplicablemente en calzoncillos amarillos y en chanclas. También hay dentro de la carpeta una especie de formulario que más bien parece una hoja de vida.

—A ver, ¿qué tenemos, señor González?

—Estuve hasta las dos de la mañana trabajando en esto, tal como se lo prometí a mi esposa.

La investigadora sonríe dulcemente y comienza a leer detenidamente los datos:

- Nombre: *Luis Bonifacio Romero Gaviria*
- Cédula de ciudadanía: *19.666.666 de San Gabriel*. [Dos veces el número de la *Bestia*, piensan los dos a un mismo tiempo]

- Fecha y lugar de nacimiento. *9 de abril de 1957 en San Gabriel.* [Nueve años después de que mataron a Gaitán, piensan los dos a un mismo tiempo]
- Edad: *42 años.* [cuatro más dos suman seis; el número de la *Bestia*, piensan los dos a un mismo tiempo]
- Familia. *Padre y madre ya muertos. Es el mayor de siete hermanos más, tres mujeres y cuatro varones.*
- Relaciones familiares: *Conflictivas hasta presentar rasgos de grave violencia intrafamiliar con el padre. Apática y resentida con la madre y con sus hermanos. Solamente se llevó bien con la hermana mayor de las tres.* [¿A ella fue a la que le dejó el arrume de papeles? Sí, doctora]
- Profesión: *No tiene profesión definida. Funge como vendedor ambulante.* [Se ha disfrazado de cura, de enfermero, de loco, de mendigo, esto con el fin de acercarse sin problemas a los niños, comenta el detective González]
- Gustos: *Apostador de «chance» y comprador de lotería. No presenta otro signo de ludopatía. Música gusca-carrilera, corridos mejicanos, música de despecho.* [Sagradamemente, mientras vivió en San Gabriel, en una piecita que le alquilaron, jugó a diario el chance; entre los números preferidos estaba el 666. Después

desapareció diciendo que se iba a conocer al mundo y a hacer negocios]

- Credo religioso: *Aunque es creyente no se define como miembro de alguna iglesia o secta. Lector asiduo de La Biblia.*

- Credo político: *No tiene militancia conocida. Puede definirse como apolítico.* [Un psicópata no tiene cabeza ni tiempo para ponerse a pensar en esas vainas, doctora. (Sonrisas de la investigadora)]

- Escolaridad: *Quinto de primaria. Lector de libros de anatomía, de superstición y de periódicos. Cultura superior a la de su grado de escolaridad.* [Por ser tan pobres y por el conflicto con el padre y la indiferencia de la madre por la violencia familiar, tuvo que trabajar casi desde niño, doctora, en tiendas, en almacenes de San Gabriel; en la plaza de mercado desempeñó siempre las labores de niño coterero y mandadero, hasta que consiguió un trabajo más estable; tenía ya 16 o 17 años, en la droguería del pueblo; allí duró casi tres años, pero su comportamiento empezó a cambiar radicalmente, hasta el punto de que se agarraba con los clientes y terminó peleándose a puños con el patrón, por lo que fue despedido; ya estaba en la etapa inicial del alcoholismo. De joven no se le conoció novia alguna, como tampoco compinches de la adolescencia; siempre se caracterizó en esta etapa por ser un joven aislado, solitario, que bebía solo

en las cantinas, escuchaba música y escasamente hablaba con alguien, y eso solo de saludo corto. Muy pocas veces se le vio hablando con los niños. Solamente hasta la edad aproximada de 35 años fue cuando comenzó con los crímenes, aunque, probablemente, desde los 25 tuvo contactos sexuales con los niños; primero les pagaba por los servicios sexuales, empleando siempre la argucia de ser un hombre bueno y amable; después comenzó a violentarlos, atándolos, acariciándolos, besándolos y, finalmente, violándolos... Hasta que al final llegó lo más terrible, macabro y doloroso, doctora]

- Alias: *Tribilín, El Loco, El Cura, Peleas, Demonios, El Despeinado, etc.* [No está el alias que le puso *El Espacio* ni la revista *Vea: El abominable monstruo de los Andes*: “Asesina a puñaladas y viola niño, lo decapita, le corta los dedos pulgares de los pies y le introduce el pene entre la boca; luego desaparece sin dejar más rastros.”]

- Antecedentes clínicos: *Alcohólicos anónimos, psicología y psiquiatría; estuvo internado tres meses. Tendencia suicida por posible maniaca depresión. Quemaduras de segundo grado.* [¿Entonces cuando fueron a buscarlo a la habitación como sospechoso del crimen del niño del cañaduzal que se quemó, el hombre ya no estaba? Sí, doctora, el tipo como que se las olió y desapareció antes de que llegara

la policía; nadie lo vio salir del hospital, desapareció de improviso como si tuviera el don de atravesar las paredes y hacerse invisible; los psicópatas tienen afiladito el *sexto sentido*... pero a nuestro hombre, estoy seguro de que muy pronto, muy pronto el *sexto sentido* se le acabará y terminará cayendo en manos de la justicia, doctora. Ojalá así sea, señor González]

- Violencia sexual. *No hay seguridad de haber padecido dos violaciones. Se constata una que sufrió a la edad de 8 años por parte de un desconocido. La otra, posiblemente, fue por un amigo de su padre a la edad de 10 años. No se puede corroborar.*

- Señales particulares: *Miopía de -350. Cojera muy leve por defecto en la pierna derecha que hace que el zapato izquierdo se desgaste más rápido que el derecho.* [Con la gafas del cañizal quemado se estableció exactamente el grado de miopía]

- Antecedentes penales: *Uno, con orden de captura en Tunja, pero fue puesto libre porque no se hallaron «pruebas contundentes» por parte de la Defensoría del Pueblo por la violación y muerte de un niño de ocho años de edad. Cuando la juez dictó la orden en firme, el sujeto desapareció.* [De ahí data una de las fotografías de busto, doctora]

- Relaciones con el sexo opuesto: *Dos relaciones inestables, nada conflictivas, poco*

duraderas. Bastante cordialidad pero cero atracciones sexuales.

- *Carácter: En estado de sobriedad, totalmente cordial y decente, aunque con tendencia melancólica. Solitario e introvertido. Pependenciero en alcoholización. Delirio de persecución y de abandono. [Generalmente, cuando estaba bebiendo, se agarraba con quien lo mirara; no le gusta para nada que lo miren, y menos a los ojos; la gente le temía porque ya lo consideraban un loco peligroso]*

- *Costumbres: Manía de peinarse con bastante frecuencia con los dedos de la mano derecha. Generalmente usa el pelo medio largo. [Por esta costumbre en San Gabriel lo apodaron El Despeinado; parece que lo hace con mayor frecuencia cuando está alterado, doctora]*

- *Dependencias: Alcoholismo compulsivo. Ron, aguardiente y coctel Eduardo III. No consume ningún alucinógeno conocido. Fumador de “Mustang Rojo”.*

- *Modus operandi: Aborda a sus víctimas en las plazas de mercado, parques centrales de los pueblos, terminales de transporte y cerca a las escuelas y colegios. Recompensas económicas y adulaciones antes del convencimiento. Amabilidad y carisma con sus víctimas antes de llevarlas a los lugares del crimen. Alcoholización antes de comenzar a ejecutar el ritual del crimen*

- Número de víctimas: *Entre 170 y 200, durante aproximadamente 7 años de vida delictiva.*

- Escenarios: *Todos en lugares cercanos a las poblaciones y ciudades. Sitios despoblados, protegidos por vegetación espesa: bosques, rastrojos, cañizales y platanales.*

- Tipología de las víctimas: *Niños varones entre los siete y los catorce años de edad, con mayoría entre los diez y los doce años. Generalmente de contextura delgada, pobres, y bien parecidos. Cero niños obesos, negros, con algún defecto físico visible o de rasgos indígenas.*

- Primera etapa: *Pago a niños pobres y vulnerables socialmente. Abuso sexual de niños varones, violaciones sin asesinarlos.* [El hombre primero pagaba por los *servicios sexuales* de los niños, como ya le comenté, lo que también quedaba en la impunidad, porque como es bien conocido, doctora, que hasta ciertos padres patrocinan, así sea tácitamente, que los pequeños se dediquen a la prostitución infantil, y nadie va a denunciar, porque consideran que pierden un medio de ingresos económicos. ¡Lo que hace la pobreza! Pero el hombre requería de nuevas experiencias ya que necesitaba

encontrar novedosas formas de placer, cada vez más orientadas hacia el sufrimiento producido por la tortura ritual. Al comienzo solamente los amarraba, los acariciaba y los violaba. Luego los desataba, dejándolos ir, no sin antes amenazarlos que de contar algo de lo sucedido, los mataría. Al respecto no hay casi denuncias ni procesos, pues, usted sabe, doctora, la mayoría de las víctimas de violación prefieren ocultar que fueron mancillados por una mera concepción machista a ultranza o por temor al estigma social o familiar que las violaciones producen.]

○ Segunda etapa: *Degradación total de tipología ritual en donde la sangre, el sufrimiento y la misma muerte son los fetiches principales, con componente sexual secundario.* [No es expresamente satanismo, señor González, porque no hay fetiches de esta índole, ¿no? Los psicópatas crean sus propios ritos, doctora, eso los hace felices y liberados de los lastres de sus vidas]. *Cercenamiento del pene e introducción del mismo en las boca, decapitación, extracción del corazón, heridas superficiales en las costillas, a manera de “agallas de pescado”, heridas profundas en el abdomen y en los glúteos.*

Quemaduras con encendedores y algunas veces con velas, golpes y arrastradas del cabello por el piso. Ataduras en todos los casos. Afloramiento del esfínter anal con tendencia de coprofilia, a pesar de la excesiva pulcritud en estado de sobriedad. Algunas veces extracción de los ojos y cortaduras en la lengua. En esta etapa las violaciones se hacen excepcionales. Inhumación superficial. [Generalmente, doctora, quedaba por fuera parte de un brazo]. *Amputación de los dedos pulgares de los pies.* [Posiblemente es un ritual de *santería* con el imaginario de que las almas de las víctimas no van a poder martirizar a los victimarios desde el más allá; también se cree que este ritual le permite al victimario huir sin dejar rastro en la escena del crimen, como si con la amputación de los pulgares adquiriera la velocidad fantasmal de los niños. Si, doctora, así es, y pareciera que ha hecho efecto en el criminal, hasta ahora; recordemos que los sicarios adolescentes de Medellín utilizan escapularios en los pies para poder huir luego de matar a la víctima, y otros emplean manillas con medallas para, dizque, no fallar el tiro... es más, van directamente a las iglesias para que los curas les bendigan las medallas y

los crucifijos, que se convierten en talismanes protectores. El buen sicario solo debe gastar una bala por muerto, ahí sí como dicen, doctora: “un solo tiro y que se muera instantáneamente, nada de agonizantes, nada de heridos, y un solo tiro que lo acueste”. Pero a los políticos los acribillaban, señor González. Era por los chalecos, los carros blindados y los escoltas, doctora; desde la moto tienen que acribillar, pero a pie es un solo tiro lo que mide la efectividad del sicario, pues el que menos tiros gaste con más muertos, es el que más buscan y el que más dinero gana, doctora. ¡Qué horrendo, hasta dónde hemos llegado, señor González]

La investigadora Laura Martínez sacude los bordes de las hojas contra el escritorio, se queda pensativa por un instante y luego sonrío.

—¡Felicitaciones, señor González, es un perfil muy completo!

—Realmente no me cabe la menor duda de que el criminal es Luis Bonifacio Romero Gaviria.

—Así es, todo encaja perfectamente, y gracias a los aportes de los investigadores en todo el país, por más de cinco años, conocemos perfectamente a nuestro hombre; solamente falta atraparlo.

—Recordemos que los psicópatas entran en una etapa de desgaste en donde comenten algún error o, lo más

común, una situación aleatoria los delata, así como pasó en el cañizal.

—¿Y qué más se ha establecido con el caso de Tunja?

—Simplemente lo vieron hablando por un largo rato con el niño, y luego otras personas lo vieron cuando salían los dos hacia las afueras de la ciudad, por los lados de los rastros, pero él siempre mintió, se hizo el inocente, dijo que trabajaba honradamente como vendedor ambulante, y que no recordaba a ningún niño, pues eran muchos los chiquillos que se acercaban a comprarle monas de futbolistas y que ese día jamás se había retirado de los lados de la terminal de transportes. Realmente en el lugar del crimen no se encontraron evidencias comprometedoras de primera mano, y como no fue detenido en flagrancia, a petición de la Defensoría del Pueblo, la jueza tuvo que liberarlo como a los tres meses de estar en la cárcel, y todo gracias a la demora de las pruebas, por lo que se invocó el famoso *vencimiento de términos*. Años después, cuando un grupo de investigadores salía de Armenia de atender el levantamiento de varios cadáveres de niños, una mujer que por mera casualidad los escuchaba comentar acerca de los macabros hechos, les informó que una jueza de la capital boyacense había emitido contra un hombre una orden de captura en firme por la violación y asesinato de un niño, en las mismas circunstancias de los infantes muertos en el Quindío. A consecuencia de esta revelación, la investigación sobre el criminal se dirigió hacia San Gabriel, población cercana a los otros pueblos en donde habían aparecido niños asesinados; en San

Gabriel no se había registrado ni un solo asesinato de pequeños. Por lo menos ya existía un sospechoso con un nombre concreto, el de Luis Bonifacio Romero Gaviria, una identificación específica y dos fotografías, todo concatenado por el *modus operandi* entre el caso de Tunja y los demás crímenes en prácticamente todo el territorio nacional. La jueza de Tunja, luego de haber soltado a Romero, acopió nuevas pruebas, estas sí contundentes, para emitir la orden de captura en firme, pero, desgraciadamente, ya el sentenciado había desaparecido sin dejar mayor rastro; sin embargo, este hecho se convirtió en la prueba fundamental, el timonel de la investigación. Probablemente es por eso que no volvió a aparecerse en San Gabriel; también, a consecuencia de lo de Tunja, el hombre cambiaba con regularidad de aspecto y se disfrazaba, lo que igualmente le permitía acercarse a los niños y confundir las testificaciones espontáneas.

—Creo que esa mujer que los investigadores se encontraron de casualidad, fue secretaria del juzgado en Tunja para la época de la muerte del niño allá.

—Sí, doctora, para que vea que la suerte del criminal en serie, aunque parezca imbatible, no lo es en realidad. La casualidad también entra a jugar en los componentes de las investigaciones, y de ser así, el hombrecito caerá más pronto que tarde —sonrió ufano el detective González.

—Al menos ya tenemos un perfil bien definido. ¡Perfecto!

MARIO BERMÚDEZ

—¡Y no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista!

XVI

Sentía que las andanzas comenzaban a mellarle el alma y el cuerpo. Tanto alcohol encima, tanta sangre rodando por el recuerdo y por su descabellada imaginación, tanta soledad mezclada con la vesania de una vida miserable, tantos pasos dados y tantos, tantos, pasos mal andados. Siempre luchaban sus dos yos, el que quería parar y se arrepentía en contra del yo perverso que siempre parecía triunfar. Se fustigaba con el deseo de que la vida lo victimizara de una vez por todas para desmanchar el alma de la ignominia que se había apoderado de él. Pero también estaba incrustado en su alma el otro yo, aquel, que según decía para sí, se apoderaba en forma del fantasma de su violador y lo obligaba a hacer lo que hacía, que hacía pero que no quería hacer. ¿Era una lucha pugnaz de esa personalidad bipolar o simplemente era una manera de justificar todo lo que hacía, echándole la culpa a su desventurado pasado de niño? Hacía poco tiempo que también había estado en Villavicencio y, lo recuerda muy bien, había dejado aquella vez a tres niños, todos hermosos, pálidos y delgados, detrás de las bodegas de Almaviva, en la variante de la carretera, en donde se extendía una gigantesca y silvestre zona de vegetación nativa, que era propicia para tapar la vergüenza maligna de sus actos. Sintió el calor sobre sus espaldas, pero no quiso beber *Eduardo III*, aquel coctel etílico que emborrachaba en un periquete a un coste muy barato. Es más, la noche

anterior no había bebido tampoco en el cuarto del hotelucho en donde se había hospedado y en donde, ahora, estaban los cachivaches que vendía. El oficio de vendedor ambulante, de pueblo en pueblo, de fiestas en fiestas y de ferias y ferias, a pesar de ser informal, practicado en su mayoría por gente rebuscadora y pobre, económicamente no era tan malo. Por ejemplo, se compra una docena de artículos a tres mil pesos cada uno, pero por unidad se piden doce y hasta quince mil para dejarlo, finalmente, en diez mil pesos. De tal manera que como son artículos que le atraen especialmente a los niños y que son la novedad del momento, como, verbigracia, los muñecos de moda en la televisión y en el cine o las monas de futbolistas en épocas de mundial, se venden como pan caliente, dejando una ganancia de siete mil pesos como mínimo de lo invertido por unidad y eso cuando el comprador final pide rebaja. Así que en los empleos informales se puede ganar un buen dinerito, se tiene esa sensación de comerciante independiente y se goza de tranquilidad al no tener un patrón que legalmente te paga una miseria y te controla las ocho horas laborales, cuando no te exige que le hagas una *extrica de gratis*. Lamentablemente esta gente no sabe aprovechar las utilidades que, generalmente, se las gastan en licor, en sexo, en juego y, lo más común, en alucinógenos. Por eso él siempre andaba con buenos denarios y su ostentación, un hermoso pero mortal embeleco para los pequeños que abordaba, era la trampa en donde los niños caían como mosquitos en la tela de una araña troglodita.

Se sentía extraño, lúcido, y con una vaga sensación de tranquilidad aquella vez, sentado en el parque mirando cómo la gente cruzaba de prisa, casi corriendo, casi corriendo a realizar los menesteres de la obligada supervivencia. Movi6 los hombros como quitándose de encima el intolerable peso de sus recuerdos. La noche anterior, luego del trajín de algunas ventas, había leído La Biblia hasta que el cansancio lo ahogó en la poceta del sueño, dejando el libro abierto sobre el vientre como una cuchillada producida por un gigante. Era una sensación cabalística, pues generalmente leía mecánicamente, muchas veces pensando en otras cosas, en los niños, por ejemplo, pero experimentaba una ablución del alma inexplicablemente. «De verdad que Dios está metido entre las hojas y cada palabra es su palabra. ¿Será que de verdad me va a castigar? Yo no soy culpable, porque yo no quiero hacerlo, pero lo hago obligado por el fantasma ése que me violó y que a veces se parece a mi padre». Levantó la cabeza y vio al niño hermoso pálido y delgado que lo había perseguido implacablemente durante los últimos años de su vida andariega. Trató de incorporarse para ir a su encuentro. «¡No, no, esta vez no!» Volvió a sentarse, cerrando los ojos fuertemente para no ver al niño hermoso, pálido y delgado. «¡No, no, esta vez no!», se repitió, hasta que finalmente lo logró y el niño había desaparecido para su dicha pueril. La mayoría de veces había abordado a los niños en estado de sobriedad o con apenas algunos tragos encima que le permitían la lucidez para tomar todas las precauciones y no ser descubierta. No podía

echarle la culpa al licor como disparador de sus intenciones, más bien, era consciente de que necesitaba de la bebida para liberar al terrible monstruo que se anidaba en su interior. Metió la mano en su inseparable limonera y sacó un papelito medio arrugado. «¿Será que hoy sí me gané el chance?» Miró detenidamente el número que había apostado. En una de las esquinas del parque vio una caseta en donde vendían golosinas, revistas y bebidas refrescantes; también pudo distinguir, a través de sus gafas *rabo de botella*, la tabla en donde escribían con tiza los resultados de las apuestas. Se incorporó, y con la esperanza de haber ganado, esta vez sí, avanzó hasta el quiosco. Caminó aprisa, casi corriendo, casi corriendo, mientras renqueaba, ¿o cojeaba? Bueno, en fin. Antes de llegar a la caseta vio salir un niño de allí, llevando unos billetes de lotería para la venta; se quedó mirándolo pero no le gustó porque renqueaba casi como él mismo, era un tanto obeso y de rostro de facciones algo indígenas. No, el niño estaba a salvo porque no era hermoso, pálido ni delgado. Así que no reparó más en el chiquillo y continuó hasta la caseta para entristecerse con la noticia de que esta vez tampoco se había ganado el chance. Sin embargo, pidió una gaseosa en envase desechable. «Bien fría, pero bien fría, señora». Sin prisa, sin correr y sin renquear, porque cuando caminaba no se le notaba, se devolvió al mismo banco, al otro extremo del parque, en donde antes estaba sentado.

El calor continuo, con su humedad llanera, azotando la mañana, por eso dormitó para deshacerse, aunque

fuera ficticiamente, de la realidad. Estaba somnoliento entre el vaho caluroso, cuando escuchó una voz:

—Señor, cómpreme un pedacito de lotería. ¡Juega hoy!

XVII

En todo el territorio nacional se habían montado gigantescos operativos para dar con el paradero del criminal, pero todo esfuerzo parecía improductivo, hasta el punto de que muchos aseveraron que *El Monstruo de los Andes* tenía pacto con el demonio y que, realmente, nunca lo iban a encontrar porque tenía poderes satánicos y que dominaba las artes negras de la magia, por lo que, en realidad, resultaba efectivo cortarle los dedos pulgares de los pies a las pequeñas víctimas para esfumarse él. Cualquier sospechoso que estuviera hablando con algún niño del perfil de víctima, especialmente en los escenarios del abordaje, era detenido de inmediato e investigado minuciosamente. Es más, cualquier caso de detención por posible sospecha de violencia sexual en contra de algún niño, debía reportarse de inmediato a la Central en Bogotá y mantener detenido hasta el cotejo de pruebas al sospechoso. Pero nada de nada, el criminal parecía tener poderes sobrenaturales como el mismo de la ubicuidad. Además, la forma como se había librado en Tunja y su huida precognitiva en el hospital, terminaba por desanimar, en muchos casos, a los investigadores. Pero las órdenes eran contundentes y no se podía parar ni desmayar por nada del mundo, más ahora que ya existía un perfil del asesino en serie de los niños. Ciertamente que aquella misión era casi imposible, pues resultaba

como buscar una aguja en un pajar. Aparte de eso, el asesino era muy astuto, frío y calculador, fuera de ser un hábil trashumante, por lo que resultaba muy complicado atraparlo, a no ser que algún acto aleatorio le pasara una mala jugada; pero aquello pertenecía en sí mismo a una probabilidad que también dependía del azar.

Para el detective González el tiempo continuaba pasando raudo, con esa sensación de eterna impaciencia, y no había el más mínimo rastro del criminal, a pesar de que continuaban encontrando osamentas, y restos de niños asesinados, muchos de ellos recientemente. En medio de la defraudación, llegó a pensar que de pronto no había un solo asesino en serie, y que aquel hombrecito vendedor era solamente una pieza de la casualidad por el asunto de Tunja, porque realmente en San Gabriel no tuvo inconveniente alguno, que se sepa, con los niños. Él solamente había levantado un perfil, y era éste el que debía acoplarse al hombre y no al contrario, pues en donde una sola pieza del rompecabezas no encajara, irremediamente todo estaba perdido. Sí, hay estaba el perfil, pero era sólo eso, un simple perfil y no el asesino en cuerpo presente, y hasta un perfil es como crear un personaje mitológico con base a las evidencias, pero no más, ya que infiere la realidad, pero en sí no es la realidad misma. Él podía estar seguro de que ése era el criminal, pero, ¿qué tal que no? «Hay un maldito perfil, pero no el monstruo», se dijo en el preciso momento en que su celular repicó. Con más desánimo que otra cosa, contestó.

—Tenemos a un hombre al cual acusan de intentar violar y asesinar a un niño —escuchó al otro lado de la línea.

—¿Sólo intento de violación? Él no lo intenta, lo hace y los mata —suspiró con rabia el detective González.

—Pero es que hay muchas cosas que concuerdan con el perfil enviado desde Bogotá —dijo la voz.

El detective González abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cómo se llama el detenido? —preguntó esperanzado en que le dijeran el nombre correcto del *monstruo*.

—Pedro Ernesto Mahecha Riberos

—Ése no es —se defraudó—. El del perfil se llama *Luis Bonifacio Romero* —recalcó con voz firme—. ¿Y cuál es su identificación?

—12.446.772 de Neiva, Huila —contestó la voz—. No presentó la cédula en físico, pero el número, efectivamente, corresponde al del Pedro Ernesto Mahecha Riberos.

—Tampoco es el número de cédula. ¿Bueno, y por qué dice que tiene características del perfil?

—Ya mismo le enviaremos unas fotografías del sujeto por fax —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Eso me parece perfecto. No lo vayan a soltar por nada del mundo, si es el caso miren a ver cómo dilatan la joda, de todas formas quién quita. Apenas tenga las fotografías, es decir, ya, me comunico con ustedes.

—Listo, mi capitán —escuchó al otro lado de la línea.

XVIII

El hombre salió de entre la vegetación tranquilamente. De inmediato uno de los policías, el cabo Benavides, se le acercó.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó el policial.

—De Acacías, señor agente, soy comerciante y vengo de hacer negocios.

—¿Y por qué viene por ahí? —preguntó el policía.

—Por acortar camino, señor agente —contestó el hombre.

—Ha debido llegar hasta la terminal —dijo el policía.

—La verdad, señor agente, me dieron ganas de orinar, no me aguantaba más las ganas y por eso me bajé de la colectiva más acasito —dijo el hombre.

—¿Su cédula?

El hombre saca la billetera, grande como un morrocoy, de entre el bolsillo de la camisa, pero no muestra la cédula de ciudadanía sino una factura de compraventa.

—Se me olvidó echar la cédula por el afán de salir esta mañana. Qué pena, creo que me están confundiendo con otra persona.

«Un hombre nunca se desprende de su cédula de ciudadanía, ni por olvido, sin ella se siente como si anduviera desnudo», pensó el cabo Benavides.

—¿Nombre completo?

—Pedro Ernesto Mahecha Riberos.

—Número de cédula, si es que lo recuerda.

—12.446.772 de Neiva, Huila, señor agente.

—¿Dónde vive?

—Por aquí cerca.

—¿Por aquí cerca? ¿No recuerda en dónde vive?

—Por aquí cerca —dijo el hombre con seguridad mientras señalaba hacia una dirección imprecisa.

—Bueno, si viene de los lados de la carretera, ¿por qué tiene con la camisa llena de grama, erizos de hierba silvestre y con los zapatos embarrados. Más parece que viniera del monte.

—Ha llovido.

—¿Sí? ¿Y dónde?

—Por aquí cerca.

Por un momento el cabo Benavides duda, pues a pesar de las descripciones, Mahecha parece un tipo bueno, decente, cordial y bien hablado. Sin embargo, todas las posibilidades deben agotarse.

—Haber, ¿qué trae en esa mochila? Saque todo y póngalo sobre el piso.

Mahecha se agacha pausadamente y comienza a sacar las cosas que lleva en su limonera: más de un metro de cuerda roja, un montón de papeles, una cajita metálica de vaselina pura y un cuchillo de mesa, afilado de forma cóncava, como en una piedra.

—¿Todo eso para qué? —preguntó el cabo Benavides.

—La cuerda es para amarrar cajitas de la mercancía que vendo y el cuchillo para cortar la cuerda con que se amarran las cajitas.

—¿Y la vaselina?

—Es para los labios reseco por el calor.

—¿Sólo para eso?

—Sí, señor agente.

—Saque todo lo que tiene en los bolsillos —ordenó el policía.

Y Mahecha sacó cerca de doscientos mil pesos en billetes de veinte mil. Luego sacó un billete de lotería del Meta en donde estaban resaltadas las tres últimas cifras que correspondían al número 740.

—Es mi número de la suerte —sonrió fríamente Mahecha.

—Yo no lo creo, por el contrario, su buena suerte como que terminó aquí —inquirió con tono triunfante el cabo Benavides.

—¿Por qué lo dice?

—Acompañeme.

—No creo que sea justo, yo soy un hombre bueno, señor agente. Además quiero irme ya a descansar porque el día ha sido muy duro.

—¡Dije que me acompañe!

—Sí, señor agente.

XIX

—Qué bien, ese es mi número de suerte.

—¿De verdad, señor? Esta noche se lo va a ganar.

—Por algo llegaste hasta mí con ese billete de lotería.

El niño abrió alegremente los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—¿Me va a comprar todo el billete, señor?

—Claro que sí. Sí, es mi número de suerte y llegaste con el billete de lotería como un ángel caído del cielo.

—¡Qué bien! Solamente vale diez mil pesitos.

—Pero tengo un problema, niño.

—¿Cuál, señor?

—No tengo dinero aquí; tocaría ir hasta mi casa a sacar la plata para comprarte la lotería.

—¿Y dónde es?

—Por aquí cerca.

Como una nube negra, venida del más allá, apareció el fantasma que lo asolaba. Trató de apartarlo violentamente, pero no pudo por más que lo intentó. El fantasma descendió velozmente y le atenzó la garganta, se le metió al corazón e invadió irremediabilmente su alma.

—Bueno, señor, si quiere yo lo acompaño, pero que no sea lejos porque tengo que vender toda esta lotería.

—Es por aquí cerca —dijo el hombre.

—¡Listo, vamos!

Para el niño era una gran oportunidad, porque la gente solamente compraba por ahí un quito o, cuando

más, dos pedazos de lotería, y la mayoría de las veces se blanqueaba. Ahora iba a vender *todo un billete*, algo fenomenal para la costumbre, ya que en muchas oportunidades ni siquiera vendía tres quintos en todo el día. «Cuadré el día», pensó alegremente el niño. De inmediato el hombre se incorporó de la banca en donde estaba sentado desde hacía un buen rato, y los dos, hombre y niño, salieron del parque, por el sendero adoquinado, de prisa, casi corriendo, casi corriendo. Los dos parecieron esfumarse entre el vaho insoportable y húmedo de la mañana.

Dieron a una esquina, y en ese preciso instante apareció un taxi. El hombre sacó la mano para parar el vehículo.

—Vamos en taxi.

—Pero usted me dijo que era por aquí cerquita.

—Es para que nos rinda más; recuerda que tienes que vender toda esa lotería hoy mismo. Tú eres mi suerte y yo soy tu suerte. Juntos vamos a ganar, porque de coger el premio mayor, te voy a dar una buenísima propina.

El niño se alegró, pero, luego, en un impulso premonitorio, se detuvo.

—Mejor no, señor; vaya trae la plata, yo le guardo el billete y mientras tanto yo vendo más lotería.

El fantasma, endrino, largo y mortuorio, se abalanzó inclementemente sobre el hombre.

—¡No, eso no!

Y con la rapidez de un felino, sacó de entre la mochila un filudo cuchillo de mesa.

—Vienes conmigo o te mato ya mismo.

El niño palideció, ahora era un niño pálido aunque no hermoso ni delgado. Afortunadamente el taxi pasó de largo, que sin saberse por qué motivo, no atendió el pare que el hombre le había hecho.

—No me vaya a hacer nada malo, señor —imploró el niño.

—Chito, o le doy su puñalada ¡Chito, dije! Nos vamos a ir en taxi, y hay de donde llegue a gritar o a chistar algo, porque le doy su puñalada directo al cuello.

—No me vaya a hacer nada malo, señor —sollozó el niño.

Infortunadamente, en ese momento apareció otro taxi que sí atendió el pare del hombre. Se subieron los dos, hombre y niño.

—Por favor, al anillo vial —indicó el hombre.

—¿Cerca de Almaviva? —preguntó el taxista.

—Sí, señor —contestó el hombre.

Guardaron silencio. El niño permanecía petrificado de terror, sin soltar la cuerina con el gancho que sostenía los billetes de lotería. El hombre miraba amenazante, con odio infinito, al niño, mientras que le ponía la punta del cuchillo en el abdomen. El niño continuaba petrificado cual estatua bíblica de sal.

El taxi avanzó varias cuadras por casi diez minutos hasta que fueron a dar a las afueras de la ciudad.

—Aquí es el anillo vial. Allá están las bodegas de Almaviva.

—Gracias, señor. Sí, déjenos por aquí.

No habían proferido, ninguno de los tres, una sola palabra durante el trayecto. El hombre le pagó a la

carrera al taxista con un billete de dos mil. Cuando el conductor le fue a devolverle los quinientos pesos que le sobraban al hombre, éste no los quiso recibir.

—¡Quédese con ellos, es la propina!

—Gracias, señor.

Los dos, hombre y niño, descendieron del taxi y caminaron lentamente, esperando que el vehículo arrancara de nuevo. El taxi desapareció por la carretera y los dos, hombre y niño, quedaron al amparo de la soledad pegajosa y caliente de la mañana. Continuaron andando de prisa, casi corriendo, casi corriendo, cerca de doscientos metros, hasta que llegaron a la historia repetida infinitas veces de las cercas de alambre de púa que él atravesaba con pericia de animal salvaje. Ya el niño no pensaba nada, porque el pánico le tenía anquilosado el pensamiento. Se metieron por entre la primera vegetación de arbustos, subieron una especie de colina y llegaron a un sitio con vegetación más alta y espesa. El hombre conocía con antelación y de memoria el sitio. El niño iba adelante, de pronto esperando una puñalada si no avanzaba, pero sin soltar sus billetes de lotería atados a su desgracia.

—¡Ándele, ándele!

En la colina había un pequeño claro en donde los dos se detuvieron. El hombre metió la mano en la mochila, sin soltar el cuchillo amenazante con la otra, y sacó una botella de *Eduardo III* que se empujó de un solo sorbo. No se inmutó, pero sus ojos destellaron un odio infinito y universal. Y el niño se detuvo, quedando petrificado en medio del claro, sin soltar sus billetes de lotería que

apretujaba con angustia contra su pecho, como si éstos fueran la égida que permitiera la salvación.

—¡Suelte eso! —ordenó el hombre.

El niño abrió las manos, separó los brazos, y la lotería cayó sobre la hierba erizada en el preludio de una desgracia.

—¡Empelótese y quédese en calzoncillos! —ordenó el hombre de forma amenazante, sin soltar el cuchillo.

El niño trató de oponerse a la orden. El hombre se le acercó con furia, destellando odio y más odio desde atrás de los cristales de sus gafas de miope. Movi6 en repetidas ocasiones la mano sobre la cabeza, debajo de la gorra, peinándose con los dedos.

—¿Qué le dije?

—Sí, señor —balbuceó el niño—. Pero no me vaya a hacer nada malo, por favor se lo suplico.

El niño se quitó la camisa, el pantalón y los zapatos. Su vientre, algo obeso, resplandeció inc6gnito bajo los rayos inclementes del sol que se estaba convirtiendo en su propio infierno.

—Ahora póngase a correr en círculo, pero eso sí, bien rápido para no matarlo ya mismo —ordenó el hombre.

El niño se puso a correr en círculo, tal como se lo había ordenado el hombre, esto con el fin de cansarlo.

—¡Más rápido! —ordenó.

Entre tanto, el hombre sacó otra botella de licor y se la bebió de un solo sorbo. El fantasma que lo perseguía pareció salir triunfante y nefasta desde el fondo del licor de chirrinche.

—¡Ya, pare, pare!

El niño se detuvo sudoroso, exhausto y con la respiración agitada porque se le iba a salir el corazón a casusa del miedo y del cansancio que se hizo más fuerte por el calor humedecido con las lágrimas de cientos de desgracias comunes. El hombre se acercó hasta donde estaba el niño, se agachó, levantó la lotería, sacó el billete 6740 de la serie 62, que era el que supuestamente le iba a comprar al chiquillo allá en el parque de la ciudad, y se lo echó al bolsillo de la camisa, luego de doblarlo cuidadosamente.

—¡Ese billete ya es mío! —dijo.

El niño no dijo nada. Estaba petrificado como las estatuas bíblicas de sal.

El hombre sacó una cuerda roja de la mochila y, con maestría ineludible, ató al niño, dejándolo de pie.

—¡Ahora viene lo mejor!

—No me vaya a hacer nada malo, señor, por favor se lo suplico —musitó angustiado el niño.

El hombre le tapó la boca fuertemente al niño con un pañuelo que olía a naftalina.

—Voltéese ya, voltéese ya —casi que gritó el hombre.

El hombre se acercó por detrás al niño, y contra el ritual consuetudinario, se bajó la bragueta y sacó su viril, estiró la mano sudorosa como una garra asesina e inmundada y comenzó a bajarle los pantaloncillos. Un ave sobrevoló el cielo, como si fuera un ángel protector.

XX

—¡Ese es el hijueputa que me iba a violar y matar!
—gritó con locura reconfortante John Jairo.

—¡Sí, ese es, no lo vayan a soltar! —gritó Martín.

—¡Ese es! —gritó Claudia, la niña más pequeña que todos.

La madre de John Jairo intentó prender a golpes a Mahecha, pero dos policías la controlaron y se lo impidieron.

—¡Tranquila, señora!

—No hay más que hacer, los niños ya reconocieron al sospechoso.

Mahecha, sin palidecer siquiera, permaneció altivo, en actitud inocente.

—¿De qué hablan? Ustedes todos me están confundiendo; yo soy un hombre de bien y acabo de llegar de Acacías.

—¡Ese es, ese es! —gritó John Jairo.

El niño estaba apenas con una bata blanca que la policía le había prestado; su madre, que era la dueña de la caseta del parque, había llegado durante la espera para atrapar a Mahecha.

—Bueno, usted tendrá que explicar todo esto en la Fiscalía —dijo en tono sereno el cabo Benavides.

—Pero yo no he hecho nada. ¡Esto es una confusión!

—Eso tendrá que explicarlo en la Fiscalía, y a mí lo único que concierne es llevarlo allá y facilitar que el

niño siente la denuncia por intento de violación y de asesinato.

—¡Eso es mentira! —pareció angustiarse por fin Mahecha.

—Lo suyo es muy grave, pues no solamente están de testigos los dos niños y la niña, sino que hay un taxista que dice que trajo a un hombre y a un niño. Las características corresponden al niño John Jairo Clavijo y a usted, *señor Mahecha*.

—¡Eso es mentira! ¡Me están confundiendo! —gritó Mahecha.

—Bueno, por si las moscas, el billete de lotería que usted tiene, era del niño John Jairo Clavijo —aseveró el cabo Benavides—. ¿Qué más quiere?

—Lo compré en Acacías —replicó Mahecha.

—Súbanlo a la patrulla —ordenó el cabo Benavides a los otros policías, luego de haberle leído los derechos a Mahecha.

En otra patrulla subieron a John Jairo, a la madre del niño, a Martín, a Claudita y al taxista que antes había llevado al niño y al hombre al anillo vial. El resto de policías tuvieron que controlar a los vecinos que gritando y arremolinados con indignación, intentaban romper el cerco para linchar a Mahecha. Los vehículos retornaron por la carretera hasta la ciudad, mientras una larga noche, muy larga y oscura se aproximaba a su final en las entrañas de la maldad, a la vez que el resplandor de un día agitado empezaba a romper la oscuridad. Los gallinazos se replegaron contra la colina, buscando los imposibles de las historias que los crápulas escribían con

la sangre de los inocentes. Y las luces de las velas que los niños de Pereira empuñaron, en una imponente procesión, para pedir que no los siguieran matando, llegaron a Villavicencio para esclarecer lo que antes parecía imposible de dilucidar.

XXI

El muchacho suelta el costal con chatarra que ha recogido durante el día y se sienta. Escarba entre los bolsillos del pantalón y saca un cuerito. Luego abre el paquetico de mariguana y comienza a espulgarla pacientemente de las semillas. Lo hace con devoción matinal para que el día sea más soportable y propicio. Es un joven de unos diez y seis o diez y siete años, a lo máximo, vestido con ropa llena de óxido y de mugre. Cubre su cabeza con una gorra grasienta y los pelos hirsutos y escasos sobresalen en un remedo de barba descuidada. Arma su bareto y lo enciende. Comienza a fumar, a aspirar con vehemencia; una, dos, tres veces, eso sí, mirando la punta encendida del cachito cada vez que se mete un soplo. Otro plon más, otro. De repente despierta del ritual ensoñador.

—¡Auxilio, auxilio! —oye gritar con angustia.

El muchacho se incorpora como impulsado por una catapulta. Vuelve a escuchar los gritos de socorro. No vienen de lejos, están muy, pero muy cerca. Y los gritos continúan escuchándose. «Es un niño», se dice. Avanza unos pocos metros y asoma la cabeza por entre unos arbustos, y la escena que ve lo deja pasmado. Se arma de una piedra y da un salto felino.

—¿Oiga, hijueputa, qué le está haciendo a ese niño?
—grita, invadido de una valentía de héroe.

El hombre no atisba qué hacer; sin embargo, corta las sogas que atan al niño de los pies.

—¡Vámonos para más abajo! —ordena.

Pero el niño no obedece sino que, aferrado a su última oportunidad de salvación, corre hacia donde el muchacho permanece altivo, desafiante y valiente. El hombre trata de perseguirlo, pero el muchacho le lanza dos piedras que lo hacen retroceder. El niño llega, en pantaloncillos, al lado del muchacho, y juntos emprenden la huída cuesta abajo, maltratándose con la vegetación, pero eso no importa, no lo sienten, lo primordial es salvarse. El hombre saca el cuchillo y sale corriendo detrás de ellos, pero con cautela porque sabe que el más grandecito es un jodido, su aspecto así lo dice, y va a encenderlo a pedradas. El niño y el muchacho corren, y a pesar de que van velozmente, sienten que las piernas se entumecen a consecuencia del canguelo. Pero no hay tal, ellos son jóvenes, tienen miedo y corren de prisa, corren de prisa. El muchacho conoce a la perfección el camino, porque ese es su escondite para meter maracachafa. Siguen descendiendo, sintiendo al hombre pegado a sus espaldas, blandiendo el cuchillo como una espada apocalíptica. Pero están equivocados, pues les ha salido alas en los pies y han volado como centauros y el hombre ha quedado atrás, pero ellos creen que él está pegado a sus espaldas como una maldición de holocausto. Siguen corriendo, siguen corriendo, muy de prisa, muy de prisa. Atraviesan un pequeño puente de guadua que se erige sobre un riachuelo. Siguen

corriendo, siguen corriendo, muy de prisa, muy de prisa. De pronto aparece una casita prefabricada en donde hay una niña en la puerta.

—¿Qué les pasa? —pregunta la niña.

—Hay un hombre que nos persigue y que me quería violar y matar —contesta el niño.

—Debe venir muy cerca de nosotros —dice el muchacho.

—¡Escondámonos aquí! —le grita el niño al muchacho.

—No porque nos encontrará y nos matará a los dos —le contesta el muchacho al niño—. ¡Sigamos corriendo hasta llegar a la carretera! ¡Allá la gente grande nos puede ayudar!

—¡Bueno! —grita el niño que no siente pena por ir en calzoncillos, pues lo importante es salvarse.

Y los dos, niño y muchacho, desaparecen rumbo a la carretera. Y la niña queda aterida de pavor contra el marco de la puerta de su casita prefabricada.

No pasan más de dos minutos, cuando por el camino aparece un hombre presuroso, casi renqueando, ocultando un cuchillo detrás de la cintura.

—¿Cómo salgo de aquí? ¡Me perdí por allá arriba!

La niña, aterida de pavor y con voz entrecortada, contesta:

—Por allá —indicó con el dedo, señalándole la dirección de la carretera al hombre, la misma ruta por donde el muchacho y el niño habían huido.

El hombre se da media vuelta sin seguir la indicación de la niña, y como una fiera hambrienta y angustiada

por haber dejado escapar su presa, se interna entre la vegetación.

Entre tanto, el niño y el muchacho alcanzaron la carretera y llegaron a un concesionario de automóviles, en donde pidieron protección. Uno de los empleados se quitó la bata de trabajo y se la prestó al niño, mientras el vigilante llamó a la policía. Al ratico llegó la niña muy asustada, porque creyó que el hombre podía regresar a su casa y atacarla. En instantes apareció la policía en dos patrullas al mando del cabo Benavides. También hicieron presencia los taxistas que, por esas cuestiones de la seguridad, tenían un convenio con las autoridades para colaborar en su lucha en contra de la delincuencia. Casi de inmediato se formó la tremolina, porque hasta los vecinos armaron piquetes de búsqueda y trataron de internarse entre la vegetación para encontrar al presunto violador y asesino. La situación quería salirse de madre, por lo que el cabo Benavides tuvo que pedir refuerzos; entonces fue cuando el policía se jugó la última carta.

—Les pido a todos que se vayan ya a sus casas; ese tipo con tanta bulla que hay, ya ha debido perderse quién sabe dónde. ¡Ni bobo que fuera! Por aquí no va salir, pues ya sabe que hay mucha gente esperándolo —dijo el cabo Benavides.

De inmediato hubo rechiflas y gritos de protesta.

—¡Ineficientes!

—¡Nunca cogen a los verdaderos criminales!

—¡En cambio a la gente honrada, como los vendedores ambulantes, se la tienen montada y los agarran a garrote!

—¡Justicia, justicia!

—¡Policías cómplices de los asesinos y violadores!

Nuevamente el cabo Benavides tuvo que acudir a toda su pericia para explicarle a la gente sus argumentos.

—¡Nunca va salir, si es que está ahí escondido, con toda esta montonera que ustedes han armado!

—¡Justicia, justicia!

—Bueno, no se interpongan, por favor; déjennos hacer nuestra labor. Váyanse en silencio o los mandaré arrestar a todos.

—¡Ahí sí! ¿No?

—¿Y por qué no arrestan al violador, más bien?

—¡Eso queremos hacer pero ustedes no dejan!

Muchos comenzaron a comprender que lo que el policía decía era razonable, y los más sensatos convencieron a los más albrestandos para que se retiraran. Al momento desaparecieron, sin dejar de mirar hacia el cerro, como queriendo devolverse.

Una vez se hubo retirado la gente, el cabo Benavides acordó el plan.

—Bueno, vamos a simular que nos retiramos, para que el hombre lo crea y decida salir de su escondite. Pero los taxistas tienen que estar pilas, sin descuidar ninguna salida del cerro hacia el anillo vial, y al que vean que sale de entre la vegetación, inmediatamente échenle mano y me avisan. ¡Recuerden cómo es la descripción y cómo está vestido!

—¡Listo!

—Ustedes —dijo el cabo Benavides, dirigiéndose a la madre del niño, a Claudita, a Martín y a John Jairo—, ocúltense en el concesionario y esperen. ¡Tiene que salir por ahí, pues es la salida más clara y amplia!

El cabo Benavides se acomodó el revólver de dotación, y se dispuso a cruzar la carretera, rumbo a la salida por donde el niño y el muchacho habían llegado huyendo del malhechor.

—¡Estén atentos por si algo! Aunque no creo que me vaya a tirar, porque esos criminales solamente atacan a personas indefensas.

Llegó sigilosamente al lado de la entrada y esperó por unos minutos que se le hicieron eternos. El silencio coadyuvó. Pasaron tres, cinco, diez, quince minutos eternos, hasta que por el sendero vio venir al hombre. Tenía la misma ropa con que John Jairo, Martín y Claudita lo habían descrito: «Ese es, no me cabe la menor duda, no solamente coincide la ropa sino las características físicas».

Antes, cuando le preguntaron a John Jairo que cómo se había salvado de la violación y del asesinato, el niño, en medio de una sonrisa dulce, dijo: «Cuando me tenía a tiro de violame, me salió valor no sé de ónde y pude soltarme de la boca y del cuello; entonces no pude callarme más y de puro miedo comencé a gritar y a gritar, aunque sabía que por allí no había nadie. Pero, gracias a mi Diositico lindo, se hizo el milagro y me mandó a Martín para que me ayudara. ¡Cómo lo quiero a él!» El niño se lanzó hacia Martín y se abrazó al

muchacho, llorando de insoportable alegría... Y todos comenzaron a llorar de pura emoción y de pura felicidad.

XXII

El detective González, la investigadora Laura Martínez, el sargento Jiménez y otros cinco miembros de CTI aterrizaron de urgencia en un helicóptero de la Policía Nacional en el aeropuerto Vanguardia de Villavicencio. Era apremiante hablar con los jueces para que no fueran a juzgar a Ernesto Mahecha solamente por el intento de violación y de asesinato del niño John Jairo Clavijo, porque estaban seguros de que el hombre en realidad era Bonifacio Romero, *El abominable monstruo de los Andes*. Después de discusiones acerca de lo favorable y de lo desfavorable, todos lograron ponerse de acuerdo ante las pruebas, esta vez sí contundentes, de que el detenido era el asesino en serie de cerca de doscientos niños a los que había ultrajado sexualmente, torturado y asesinado. Todo estaba listo, las cartas dentales, las tarjetas decodactilares, el perfil psicológico y las pruebas de ADN, y esto fue motivo, junto con las fotografías, para que los jueces del Circuito Judicial se dieran un compás de espera y orientaran el juzgamiento hacia todos los crímenes cometidos por Bonifacio Romero. Hubo que acelerar el proceso, porque nuevamente la Defensoría del Pueblo podía poner en riesgo todo el trabajo hecho, y solicitar el *habeas corpus* que obligara a dejar libre al detenido, a pesar de todo. ¡Cosas de la legalidad!

Una vez, todo acordado entre los entes investigativos y judiciales, Mahecha fue llevado a audiencia de imputación de cargos por parte de la Fiscalía ante una jueza de garantías. Pero hubo sorpresa cuando le imputaron los cargos por abuso sexual, violación, tortura y muerte de cerca de doscientos niños varones en casi todo el territorio nacional, y él no se inmutó siquiera, sino que con una frialdad de hielo polar negó de palmo todas las acusaciones. Sin embargo, a la imputación de cargos fue con el nombre de Carlos Ernesto Mahecha y no con el de Luis Bonifacio Romero Gaviria, en una estratagema, no se sabe si legal o no, para juzgarlo, porque en realidad, jurídicamente estaban imputándole cargos a alguien diferente al del perfil de los investigadores; además, temieron que el hombre al sentirse descubierto pudiera suicidarse. Ni siquiera aceptó los cargos por el intento de violación y de asesinato del niño John Jairo Clavijo de trece años de edad, a pesar de los testimonios contundentes del señor Carlos Julio Bohórquez, taxista de profesión, del joven Martín Alonso Quevedo, de profesión reciclador y de la misma víctima, de profesión *niño trabajador*, vendedor de lotería. A pesar del billete de lotería, de las cuerdas con que ató al niño y de la ropa de éste encontrada en el lugar del hecho, el hombre, como mula terca, no aceptó y no aceptó las acusaciones.

Ciertamente que el juzgamiento debía encaminarse a que el imputado aceptara que no era Mahecha sino Romero, confesara todos los crímenes, se acogiera a sentencia anticipada, con el óbice de que podía obtener

una rebaja de penas hasta del cincuenta por ciento de la condena, que todavía podía seguir rebajándose por buen comportamiento, por estudio o por escribir un libro. Si la pena máxima es de sesenta años, rebajada a la mitad queda en treinta, y se puede obtener un cuarto más, para que quede solamente en quince por la violación, tortura y asesinato de cerca de doscientos niños. Por aquel entonces la ley de Infancia y Adolescencia no existía, por lo que los criminales que atentaran contra los infantes podían obtener sendas rebajas, al igual que los demás condenados. Así que, inicialmente, Mahecha iba a obligar a la rama judicial a un juicio prolongado y extenuante, en donde, una por una, caso por caso y en cada uno de los sitios de los hechos, se debían comprobar todos los indicios, asunto que podía durar hasta la bobadita de cinco años o más, tiempo en que las cosas podían tomar giros inesperados y hasta favorables para el sospechoso. El triunfo de los investigadores era entregarlo a la justicia y no juzgarlo. ¡De todas maneras había que jugársela, pues era preferible una condena, así ésta fuera baja, a una impunidad total!

La imputación de cargos fue extenuante y llevaba casi siete horas ininterrumpidas de sesión entre argumentos y contraargumentos, sin llegar a un acto concluyente en el ámbito legal, mientras que el sospechoso ni se movía siquiera, guardando silencio la mayoría de veces, lo que manifestaba que no se aceptaba los cargos, y cuando decidía hablar, seguramente aconsejado por el abogado de oficio, negaba todos los hechos, incluso el más reciente, por el cual había caído. La situación se hizo tan

tensa, porque en el momento definitivo, el abogado de Mahecha solicitó el cierre de la sesión ya que el imputado no aceptaba los cargos, y hasta ahí debía ir aunque la jueza de garantías ordenara la privación de la libertad del acusado en establecimiento carcelario para someterlo a juicio, con un juez de conocimiento, posteriormente. En una última maniobra desesperada, que la juez aceptó por la contundencia de las pruebas y la gravedad del caso, el fiscal del caso pidió permiso para que alguien pudiera hablar con el sospechoso. En ese momento apareció en la sala el detective González.

—Pido permiso a su excelencia para que el investigador, capitán González de la Policía Nacional, hable a solas por un momento con el acusado —solicitó el fiscal.

—¡Protesto, su señoría! —exclamó inmediatamente el abogado defensor.

—¡Protesta denegada! Permiso concedido, señor fiscal —dijo la jueza de garantías.

Mahecha se incorporó de su sitio y avanzó junto al detective González, a quien jamás había visto en su vida. Quedaron a solas en un rincón de la sala de audiencias.

—*Luis Bonifacio Romero Gaviria*, quiero decirle algo —dijo el detective González, pero Mahecha continuaba impávido como si en realidad no fuera ningún Romero.

—Diga, no más, señor, pero yo no soy ningún Luis Bonifacio Romero Gaviria —contestó secamente Mahecha.

El detective González sacó un pañuelo blanco y se enjugó el copioso sudor que tenía en la frente. Como si

fuera un confesor, acercó su boca casi hasta rozar con los labios las orejas de Mahecha y comenzó a hablarle, a susurrarle, a musitarle al sospechoso. Entre la impaciencia de todos los presentes, del mismo fiscal y del abogado defensor de oficio, la jueza advirtió que solamente daría cinco minutos, al cabo de los cuales, Mahecha debería retornar a su silla de imputado. El detective González siguió hablándole al oído a Mahecha, pero sin llamarlo así, sino señor Romero, con un tonillo que destilaba ansiedad. Siguió recordándole toda, absolutamente toda la vida, incluidos los detalles mínimos e insignificantes, de Bonifacio Romero; le relató, uno a uno y con precisión, cada uno de los crímenes cometidos en contra de los niños.

Cuando ya el tiempo de los cinco minutos se iba a vencer, y todo parecía perdido, se escuchó un grito estremecedor en la sala, que los sacó incontinenti del marasmo a que todos estaban sometidos en la tortura de querer aplicar justicia. Mahecha se arrodilló angustiado de repente, y juntando las manos lanzó a los cuatro vientos su bramido.

—¡Pido perdón a todos! ¡Señor, enséñame a no pecar más!

XXIII

—¡Soy un hombre nuevo!

—Sí, hermano, te has liberado del pecado —dijo el pastor.

—El arrepentimiento de corazón libera el alma del pecado y la palabra de Dios reconforta el camino de la salvación —dijo Bonifacio Romero con decidida convicción.

Estaban en el fondo de la celda, y el pastor, luego del bautismo en agua sagrada, lo visitaba con frecuencia en su celda especial. La celda era pequeña y cómoda, con una cama sencilla cubierta con una colcha de retazos bien limpia; tenía el baño adyacente con puerta de madera y la ventana sorprendentemente no tenía los barrotes de las lumbreras de las celdas normales. Además de su inseparable Biblia, había algunos libros, entre los que se destacaba el Código Penal y un manual de Anatomía; también había revistas y periódicos viejos en donde se enteraba de la realidad externa nacional y de cómo iban los retorcijones de la juridicidad que le imponían. Bonifacio Romero había cambiado radicalmente, también, su aspecto físico: ahora estaba más robusto, tenía la tez más clara [tanta trashumancia al aire y al sol, ateza la piel], sus ojos verdes se veían más despiertos y nítidos, se hacía un buen corte de pelo y había cambiado las deslucidas gafas de carey por unas con marco metálico dorado y lentes, igual de poderosos,

pero técnicamente muy delgados, que le daban un aire de sabiduría y de hombre bueno. Además se mantenía impecablemente presentado porque tenía desde siempre una obsesión exagerada por la pulcritud, hasta el punto de que alguna vez criticó despiadadamente una fotografía de un periódico porque había salido muy despeinado. Cierta vez que manifestó su deseo de suicidarse, dijo que lo haría en el baño, con mucho cuidado para no manchar las paredes de sangre, porque no deseaba ensuciar el cuarto que le tenían asignado como celda. Empero, nadie tomó en serio tal posibilidad, porque después se aferró a la vida por medio de sus creencias religiosas y manifestó su terror a la muerte. «Solo hasta cuando la voluntad del Señor me llame al Valle de los Justos», decía con firme convicción. Se había aferrado a La Biblia y no la soltaba en ningún momento.

—Yo siempre me apegué a ella —dijo al respecto—, pero cuando yo me emborrachaba, el demonio se apoderaba de mí y me hacía cometer las abominaciones que cometí. ¡No es mi culpa, es culpa del demonio!

El pastor lo miraba de arriba abajo.

—Solamente debe interesarnos la salvación de nuestras almas, a pesar de lo que hayamos hecho. Lo importante es liberarnos del pecado y no volver a pecar nunca más, para estar siempre en gracia de Dios y merecer el paraíso eterno. A este mundo venimos a pecar pero, a la vez, a liberarnos del pecado para ser dignos de Dios. ¡La vida es un sucio camino de liberación constante que nos llevará al reino de Dios por toda la eternidad!

—Amén, hermano.

—Recuerde llorar con profundo sentimiento de vez en cuando, esto reconforta y va limpiando al cuerpo del pecado; las lágrimas sinceras limpian el cuerpo, pero al alma solamente la limpia el arrepentimiento, la fe y la oración, pero principalmente la Palabra de Verdad que está en este sagrado libro —y mostró La Biblia el pastor.

Lo tenían en una celda especial por seguridad máxima, ya que de estar en los patios comunes, los demás presos lo harían picadilla a cuchilladas, porque las violaciones sexuales, y más con asesinato, fueran contra quien fueran, eran castigadas con la pena de muerte en la cárcel. Igualmente, se temía que lo pudieran envenenar, por lo que, desde el primer día en el penal, se controlaba la comida que le iban a dar para que no fuera a padecer los rigores de la venganza por quienes consideraban que la pena a que había sometido era en extremo exigua, y que la única forma de hacer justicia en este mundo era asesinándolo. Con esa patética sagacidad, el comportamiento de Romero en el penal era intachable, hasta el punto de que lo dejaban salir a los jardines de la parte administrativa para que tomara tranquilamente el sol con escasa vigilancia, y muchas veces había servido de estafeta en las instalaciones administrativas. También, por su excelente comportamiento, le habían permitido pertenecer a la Iglesia que los presos juiciosos y convertidos a la palabra de Dios habían creado en el penal con el pomposo nombre de *Iglesia Penitenciaria de la Salvación en Cristo*. Si se hubieran sumado todas las condenas a que

fue sometido por la violación, tortura y asesinato de ciento cuarenta niños, que era lo que se llevaba juzgado hasta entonces, su pena podría acercarse a los dos mil años, pero en los artilugios de un Estado garantista y laxo, Romero fácilmente podría pagar entre quince y diez y siete años, mientras que alguien que se robara una gallina, pagara con un billete falso de diez mil o le tocara las nalgas a una dama, debía pagar un montón de años con todo el rigor de la *injusta* justicia humana. Nada, ni los más exhaustivos y firmes tratamientos psiquiátricos y psicológicos podían garantizar que Romero no retornara a la criminal senda psicótica, una vez libre a una edad relativamente joven de sesenta años, olvidándose de que era *un hombre nuevo*, desapegándose del libro sagrado y desechando la palabra de Dios que, según comentaba orgullosamente, se había encarnado en su corazón.

Bonifacio Romero, aquella vez en la audiencia de imputación de cargos y luego de que el detective González lo convenciera, después de la crisis del arrepentimiento, de golpearse contra el piso y de llorar a raudales, confesó pasmosamente, uno a uno, todos los crímenes, diciendo que deseaba ayudar porque tenía un grandísimo remordimiento y que su martirio terminaría cuando se supiera toda la verdad y pudiera pedir perdón. Pero lo que más sorprendió fue que, no solo relató los hechos con una frialdad cínica, sino que detalló minuciosamente cada uno de los crímenes, con precisión de matemático. Sabía, en la mayoría de casos, los nombres de los niños, de los cuales se enteraba generalmente por los periódicos que daban cuenta de la

noticia del momento, aunque también entablaba con ellos relaciones con antelación para darles confianza con tal de que cayeran en sus garras más fácilmente. Conocía con abrumadora precisión los sitios, con sus nombres y todo, en donde cometía los crímenes y hasta confesó que generalmente volvía al día siguiente y veía los cuerpos de los niños decapitados, con el pene desprendido, agujereadas las nalgas y todavía atados. Era cuando decidía inhumarlos, pero lo hacía a medias, porque todas las osamentas encontradas estaban apenas a medio enterrar. Generalmente prefería el día para cometer los improperios y que casi jamás se dejaba coger la noche. Contó que él mismo lavaba su ropa de las manchas de sangre y de barro con sumo cuidado, mientras entraba en un estado de profunda depresión y arrepentimiento por lo que había hecho, poniéndose a llorar desconsoladamente y hasta con ganas de quitarse la vida. Dijo que a veces violaba a los niños, pero luego se contradijo, porque argumentó que padecía de disfunción eréctil; probablemente en los estados de alteración psicopática disparada por el alcohol, la mayoría de veces no tenía erección, por lo que les introducía palos a las víctimas en el ano, y luego desfloraba sus esfínteres anales. Argumentó que, también a veces, prefería matar con rapidez a los infantes, con tal de que no sufrieran mucho y que el resto de atrocidades las hacía con los cadáveres, lo que podía interpretarse como una tendencia a la necrofilia. Ciertamente que a simple ojo de buen cubero, Romero practicaba con muchísimas variantes las degradaciones cometidas, explorando

innumerables formas, cada vez más aberrantes, de obtener un mayor placer en cada nuevo crimen, lo que implica una mente retorcida, en infinito desorden psicopático que se solapa con gran facilidad bajo la apariencia de hombre bueno que ha sufrido terriblemente. Confesó que realmente él deseaba que lo cogieran para terminar con la pesadilla de su martirio y no seguir matando a más niños, pero también pidió compasión con él, porque todo ser humano, por muy malo que sea, tiene derecho a resarcirse ante él mismo, ante la sociedad y ante Dios. «Recuerden que el Señor dijo: *perdónalos porque no saben lo que hacen*», señaló aquella vez. Causó estupor cuando contó que fumaba alrededor de los niños atados, y siempre en calzoncillos, echándoles el humo alrededor en una especie de rito diabólico. Señaló que realmente él era un hombre bueno y que todo comenzaba cuando se ponía a beber licor, por lo que un fantasma se apoderaba de él [a veces dijo que ese espectro era su *yo malo*, otras, que era el fantasma del hombre que lo había violado y hasta afirmó que la aparición era su propio padre por quien sentía desprecio y un asco profundo que lo hacía vomitar], obligándole a ejecutar todas las atrocidades que cometió, pero insistió en que *no era culpable*, por lo que el *yo bueno* se había negado a reconocer los delitos inicialmente, ya que no tenía la culpa de ninguno de los crímenes que había cometido su *yo malo*.

Pero lo que más sorprendió, definitivamente, fue cuando Romero indicó en dónde tenía una especie de agenda, al lado de otros papeles importantes para

concluir con la investigación, en la que apuntaba los datos de los homicidios: nombre o características del chiquillo, fecha, pueblo o ciudad, lugar y forma como había actuado. En cambio de poner una cruz para registrar cada asesinato, dibujaba una línea vertical muy larga. También guardaba recortes y fotos de los periódicos y revistas, en donde se daba cuenta de los niños asesinados o desaparecidos misteriosamente sin que se encontrara la huella perpetua de su desgracia. ¡Fue terrible! ¿Cómo era posible que alguien que actuaba con tanta premeditación, frialdad y cinismo, ahora confesara sus crímenes como si estuviera contándoles una película a sus amigos y de vez en cuando se echara a llorar con lágrimas de cocodrilo para mostrar su arrepentimiento? Sin que realmente todos se dieran cuenta, era el hombre el que llevaba, con su astucia de criminal psicopático, las riendas de la audiencia. Aparte de todo, declaró que hasta se había disfrazado de cura con tal de poder acceder a los niños con mayor facilidad, que perteneció a instituciones de caridad en donde se ayudaba a los ancianos y, especialmente, a los niños de la calle, a quienes antaño llamábamos, hasta con cariño, gamines, y cuyo nombre fue degradado lastimosamente por un presidente que dijo que *había sido criado como un gamín*. También confesó los crímenes en el suroriente bogotano y narró fríamente que una vez un par de jóvenes lo encendieron a cuchillo cuando acosaba al más pequeño, dejándolo mal herido, yendo al hospital de San Blas en donde fue atendido y en donde se hizo amigo de una señora que, luego de salir del sanatorio, lo

llevó a su casa para prodigarle cuidado porque la mujer aseguró que él era un hombre verdaderamente bueno; de allí quedó como secuela del infortunio la renquera que lo caracterizaba. «Allí había muchos niños, pero nunca tuve problemas con ellos», dijo. Narró que por esos días, cuando ya pudo volver a medio caminar, deambuló por el centro de la ciudad pidiendo limosna, y hasta durmió varias veces en la calle del Cartucho, eso sí, sin consumir vicio, sino solo cigarrillo y uno que otro aguardientico, señora juez. Después volvió a cuadrar el plante para las ventas ambulantes, se despidió de la señora y prosiguió con su vida peregrina y criminal.

El departamento de psicología pidió, todos querían participar para figurar en los aportes fundamentales de la investigación, que le permitieran hacer pruebas de dibujo al imputado. Bonifacio Romero no se esforzó por dibujar con rapidez y lo hizo hasta bien: pintó un niño pulcro, alto y con porte recto, vestido de camisa de mangas cortas y pantalón largo. En otra prueba le pasaron estampas de ángeles y él, asustado, dijo que estaba viendo demonios [¿no es lo mismo?], continuaron pasándole figuras y no supo identificar las vaginas, diciendo que eran insectos que picaban a las mujeres y negó los penes en donde los había. Después dibujó, como un niño que está aprendiendo con sumo interés en su primer año de escuela, un ser enorme, delgado, con el cabello bien peinado pero con los ojos representados por espirales, tal como pintan a los orates en las tiras cómicas. Le diagnosticaron que tenía una personalidad *esquizoide bipolar con comportamientos psicopáticos*.

Algunos cuentan, sin saberse con qué certeza, que por fuera de las audiencias, Romero se declaró conforme con lo que había hecho, porque era una manera de liberarse del ominoso lastre de su infancia y de salvar, a la vez, a los niños del castigo de la vida, originado por la extrema pobreza y la marginalidad social, pero ante todo del fantasma que lo había martirizado durante su vida criminal. También contaron que Romero había manifestado que muchas veces tuvo la intención de armarse de una metralleta y llegar a un sitio público y asesinar a sangre fría a toda la gente; «Me hubiera gustado hacer lo que hizo el tipo del restaurante *Pozetto*». Y dizque, estuvo planeando llegar alguna vez a la hora de recreo a una escuelita y asesinar a todos los niños a cuchillo, mientras llegaba la policía y lo daba de baja. «Así se acabará todo de una vez», dicen que dijo.

Con el allanamiento a cargos, el martirio insostenible de la audiencia terminó, casi a las quince horas de haber comenzado, con la declaratoria de la jueza de garantías de someter a Romero a la llamada *detención preventiva en establecimiento carcelario con medidas de alta seguridad para preservar la seguridad del imputado, mientras es presentado en audiencia ante un juez de conocimiento*. Ya no habría una audiencia formal en donde el imputado fuera vencido en juicio sin la posibilidad de ninguna rebaja, sino que con la velocidad del rayo, el juez de conocimiento dictó sentencia de veinte cinco años iniciales de prisión por el caso del niño John Jairo Clavijo; pues los demás casos, así estuviesen confesados, debían comprobarse, uno por

uno, en juicios sucesivos. Por eso, una sarta de jueces de todo el país fue llegando con premura, como medida excepcional, para mostrar pruebas y dictar sentencia, todas con acogimiento anticipado por parte de Romero, con el fin de obtener así la mitad de la rebaja de la pena, sentencias que sumaron oficialmente 1.853 años; pero todo era simplemente un procedimiento nominal, porque en Colombia las penas no se suman, aunque sí se restan, sino que se hace efectiva la de mayor gravedad. En estas condiciones, Bonifacio Romero podría andar tranquilamente por las calles, y hasta retornar a los rastrojos, muy prontamente, mientras que los ángeles continúan vagando dolorosamente por el cielo con las nalgas ensangrentadas.